

TRAZAS NEGRAS

Revista de Literatura Oscura y Policial

AÑO 2 - Número 9 - Abril de 2021

CUENTOS:

«El Bahamondes»

Héctor Cabaña Gajardo

«Sabueso de guante blanco»

César Biernay Arriagada

«Un crimen de telenovela»

Eduardo Soto Díaz

«El mejor hijo»

Antonio Riquelme

«Asesinato en la Sociedad de Escritores de Chile» Parte II

Iván Quezada

RESEÑAS:

El maldito caso de las joyas
(Branny Cardoch)

Por Eduardo Contreras Villablanca

Macabros o la literatura de crímenes reales
(César Biernay Arriagada)

Por Bartolomé Leal

Teresa la Tigresa. Caperuza de la droga
(Eduardo Soto Díaz)

Por Julia Guzmán Watine

Los investigadores no lloran en los cafés
(Fernando Jerez)

Por Antonio Rojas Gómez

CÓMIC:

MAX CANALLA

Guion: Vancho

Dibujos: Kampf



EXTRAS:

«La pequeña entrevista policial», por Marcos Campbell

«La nana soñolienta», cuento clásico de Anton Chéjov

«Mario Bava y Amando de Ossorio, Maestros del cine de horror», artículo por Bartolomé Leal



03 / CUENTO

EL BAHAMONDES

Héctor Cabaña Gajardo

05 / RESEÑA

EL MALDITO CASO DE LAS JOYAS

Branny Cardoch

07 / CUENTO

SABUESO DE GUANTE BLANCO

César Biernay Arriagada

10 / RESEÑA

MACABROS O LA LITERATURA DE CRÍMENES REALES

Bartolomé Leal

12 / CUENTO

UN CRIMEN DE TELENOVELA

Eduardo Soto Díaz

17 / RESEÑA

FILETE Y CHULETA DETECTIVES

Julia Guzmán Watine

18 / CUENTO

EL MEJOR HIJO

Antonio Riquelme

21 / RESEÑA

LOS INVESTIGADORES NO LLORAN EN LOS CAFÉS

Antonio Rojas Gómez

22 / NOVELA CORTA

ASESINATO EN LA SOCIEDAD DE ESCRITORES DE CHILE

Iván Quezada

27 / ENTREVISTA

LA PEQUEÑA ENTREVISTA POLICIAL

Marcos Campbell

28 / CÓMIC

MAX CANALLA

VANCHO / KAMPP

33/ CUENTO CLÁSICO

LA NANA SOÑOLIENTA

Anton Chéjov

36 / ARTÍCULO

MARIO BAVA Y AMANDO DE OSSORIO MAESTROS DEL HORROR

Bartolomé Leal

EDITORIAL

Madame Muerte

La muerte es la materia prima de nosotros los escritores oscuros y por eso hay que abordarla con seriedad. Nuestro objetivo es que muchos/as nos lean, ¿no? Pero, pero, hay tantas mentes torcidas que no se la toman en serio, que se permiten hacer bromas con la muerte. Incluidos grandes personajes, como *monsieur* Voltaire que dijo algo así: «Me acerco lentamente al momento en que los filósofos y los imbéciles tienen el mismo destino». ¡Vaya petulante péfido! Bien muerto está, podemos decir.

En cualquier caso, hay peores. Dicen que *monsieur* Diderot, enciclopedista y rival del anterior, habría afirmado: «Hacerse matar no prueba nada, salvo que uno no es el más fuerte». Más vale tomárselo con calma, como expresó el señor Eric Satie, músico inclasificable y creador de una iglesia esotérica de la cual era el obispo y único miembro: «Es malo ahogarse después de haber comido». Y ese *jeune homme* Boris Vian, narrador *noir* y trompetista de jazz, se permite una nota falsa y de mal gusto: «Las personas infelices matan lo que aman porque no tienen nada más a mano». Ese *monsieur* fue un crítico de cine implacable. Murió de ataque cardíaco en plena proyección de una mala película basada en una novela suya.

¡Estos franchutes!, podría clamar uno. Que por cierto tienen una bella tradición del género policial/negro. Desde ya afirman que lo inventaron. En 1828 se publicaron las *Memorias* de François Vidocq, un inspector de policía que redactó una entretenida relación de crímenes resueltos y no resueltos. Esto más de 15 años antes que se publicara el cuento liminar de Poe, «Los crímenes de la calle Morgue». Después se publicó en 1866 El caso *Lerouge*, cuyo autor fue *monsieur* Emile Gaboriau, que efectivamente se erigió como la primera novela policial (lo de Poe era un cuento).

A veces fastidia la eterna querrela entre el inglés y el francés por la hegemonía en la cultura, ¿verdad? A propósito de «la pérfida Albión», como la llamaba Napoleón Bonaparte, no hay que morir en manos de los médicos según Oscar Wilde, ese petimetre provocador, dirigiéndose así a su propio facultativo: «¡Doctor, muero por encima de mis medios de vida!»

Bueno, en este número de Trazas Negras vienen cuentos de Héctor Cabaña, Eduardo Soto Díaz, Antonio Riquelme y César Biernay, reseñas de Julia Guzmán Watine y Antonio Rojas Gómez, un artículo sobre cine de horror, la continuación de la novela sobre un crimen en la SECH, el cómic y mucho más.

Bartolomé Leal
Director

Comité asesor de **Trazas Negras**: Juan Ignacio Colil, Eduardo Contreras Villablanca, Julia Guzmán Watine, Gonzalo Hernández y Helios Murialdo.

Me encontraba en un enmarañado cruce de armas apuntando a lo que se moviese. Al frente y a mis costados, lo único que veía era a pependancieros, alcohólicos y otros bastardos de tan mala calaña como la mía, con algún tipo de pistola (hechiza, robada, modificada) encañonando a su alrededor. Una simple chispa, un acto reflejo y todo se iba a la mierda, en un desfile de balas, sangre y huesos quebrantados.

—Muy bien, que nadie se exalte. Esto es entre mi amigo y yo —dijo mi contrincante. Su voz se escuchaba controlada, aunque el hilillo de sudor que le corría por la frente, delataba lo contrario.

«Pelmazo, ¿en serio crees que te van a obedecer? Se nota que no conoces El Bahamondes», pensé.

El Bahamondes es un tugurio maldito, nido de víboras y epicentro de lo más insalubre de esta ciudad, en el que muy pocos nos hemos atrevido a ingresar. Si llegas a conocerlo, tu forma de ver la vida se trastoca, un mal insano que abunda por sus paredes se suele alojar en tu corazón y nunca, nunca, nunca volverás a ser el que fuiste. Su interior es un verdadero laberinto, en el que te encuentras con proxenetas, drogadictos, policías corruptos y lo peor de una clase social olvidada por los catastros del Ministerio de Desarrollo Social. Una que otra lámpara

intenta iluminar rostros torcidos por la vida y los golpes. En los rincones se aglutinan las colillas, los profilácticos, las jeringuillas, las bolsitas que alguna vez tuvieron hachís y botellas, antes llenas de alcohol, ahora vacías de historias mal terminadas.

Ahí estaba yo, en uno de sus múltiples salones, después de un juego de cartas, en el que había vencido sin hacer trampa. Lamentable, mi contraparte no tenía ánimos de perder su recompensa diaria, obtenida a fuerza de jalones y cuchilladas certeras. «No vuelvo a apostar nunca más con un carterista», me dije.

Aquel había sido un día decente, me habían pagado por un trabajo realizado la semana anterior, lo que me había permitido cancelar agua, luz y otras cuentas, además de saldar la deuda que tenía con el dueño del Bahamondes. Incluso me había sobrado algo para apostar con algún idiota. Para mi mala suerte, el que me encontré era doblemente estúpido: no sabía jugar y tampoco sabía perder. Cuando el tipo dilapidó el último millar de pesos, saltó como uno de esos payasos escondidos en las cajas de sorpresa, sacó una hechiza y me apuntó sin prever siquiera las consecuencias. Hijoputa, en menos de 3 segundos, todos los truhanes que estaban mirando el juego, empuñaron sus pistolas.



Sus ojos estaban vidriosos, había consumido algo más que alcohol y cigarrillos. En cambio yo, como era habitual desde hacía un mes, sólo había bebido café. Estaba logrando superar la primera etapa de la rehabilitación, las alucinaciones se habían controlado, ya no necesitaba andar cortándome los brazos para controlar la ansiedad, pero hubiese dado mi alma en ese minuto por una buena línea de la diosa blanca o alguna otra cosa de efecto rápido.

—Mira, gané este dinero honestamente, pero puedes tomar lo tuyo y salir antes de que aparezca el Bahamondes —quise explicarle. Sin embargo, muchas veces las cosas se resuelven de una manera muy distinta a lo planeado, casi mágicamente podría decirse. Es como esperar que la mo-

neda que lanzamos se detenga para observar qué lado salió y, de pronto, darnos cuenta de que ha caído por una alcantarilla.

Simplemente no escuché de dónde vino el disparo, pero en menos de lo que se abren y cierran los ojos, la cabeza de mi contrincante explotó como un globo. Nadie más se movió. Todos quedamos impactados. En una de las entradas de la habitación, Gregorio Bahamondes —dueño del bar del mismo nombre— cargaba una escopeta recortada:

—Te toca limpiar —dijo mirándome, mientras me lanzaba un trapo húmedo. **TN**

Héctor Cabaña Gajardo

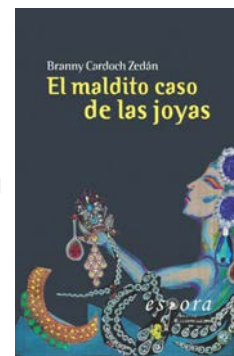
(Machalí, 1976), escritor y periodista. Dio sus primeros pasos literarios junto al grupo Batahola de Rancagua. Ha publicado tres libros de poesía: *Poemario Gris y letra Escarlata* (Mago, 2013); *Oraciones al Dios del Dolor* (Mago, 2014) y *Reencuentro con mi Valle de Lágrimas* (Primeros Pasos, 2015). También ha escrito un par de guiones para cortometrajes que están en producción y rodaje. «El Bahamondes» es el primer cuento de narrativa negra que da a conocer, género con el que espera concretar algún proyecto literario prontamente.



El maldito caso de las joyas

de Branny Cardoch

Por Eduardo Contreras Villablanca



Branny Cardoch participó en el taller de literatura de Jaime Miranda y luego en el de Poli Délano, ahí nos conocimos en el año 2007, de hecho en la época en la que el taller de Poli funcionaba en la casa de Branny. Es un escritor cuyos trabajos han obtenido importantes reconocimientos, entre los que destacan el Primer Premio Municipal Gabriela Mistral en 1999 en la categoría de cuento, y el Segundo Premio en el concurso de cuentos del Ministerio del Trabajo en 2005.

Poli Délano en una entrevista del año 2016, decía «yo disfruto escribiendo, hay muchos escritores que dicen que cuando escriben sufren, pero si yo sufriera no escribiría, porque no soy masoquista. Tengo clara mi vocación, el llamado a escribir». Lo cito porque pienso que Branny Cardoch es un ejemplo de esa vocación, él claramente, en algún momento de su vida, sintió ese «llamado a escribir» del que hablaba Poli.

Eso sí, acoto yo, una cosa es no sufrir cuando se escribe, y disfrutar de ese «llamado a escribir», como hace Branny, y otra es el tema de intentar publicar en Chile, ahí sí que se sufre.

A pesar, de esa dificultad, Branny ha publicado hasta la fecha ocho obras: un libro de cuentos, y siete novelas (incluyendo la última, *El maldito caso de las joyas*). Entre otras, menciono *La Colorina*, *El matorral de Crategus* y *Piel de Fango*. En ellas ha abordado una gran diversidad de temas: la marginalidad en el Chile de la primera mitad del siglo pasado desde la mirada de una prostituta, la matanza del seguro obrero y el clasismo en Chile, un chileno en La Habana de los primeros años de la revolución cubana, el Blue Ballet y sus orígenes en La Carlina, una intriga policial en el mundo del tráfico de drogas en

el Chile de los años 60 del siglo pasado, París en la época trágica de la Segunda Guerra Mundial. Una trayectoria como para esperar un tema entretenido en un entorno complejo, en este, su octavo libro. Y los amigos de Branny sabemos que tiene listas al menos cinco obras más, con lo que holgadamente podría haber publicado un libro por año desde que lo conocí hasta el día de hoy. Una productividad envidiable.

Pero me he referido a la cantidad, quienes estamos en este bonito y apasionante desafío de escribir, sabemos que lo que importa es la calidad de las obras. Aquí destaco, que todos sus textos tienen un cuidadoso trabajo de los personajes, *El maldito caso de las joyas*, la novela que hoy presentamos, tiene también ese sello. Esta novela muestra personajes vívidos y creíbles, destaco sobre todo a la protagonista, Yolanda.

En tiempos de auge del movimiento feminista, el autor nos presenta a mujeres fuertes (dentro de su época y en su contexto, la década de los cuarenta del siglo pasado, cuando aún las mujeres no tenían derecho a voto en nuestro país). Mujeres trabajadoras y de carácter, es el caso de la tía Sultana (ya el nombre nos habla de ella), la protagonista Yolanda, y madame Michelle. *El caso de las joyas*, en una especie de efecto mariposa, cambia la vida de estas tres mujeres y de todos aquellos que las rodean, pero antes, durante, y después del hecho azaroso de los topacios, los brillantes y las esmeraldas, estas mujeres toman decisiones, imponen sus puntos de vista y convencen o persuaden a sus cercanos. En el caso de la protagonista Yolanda, si bien su vida se ve alterada cuando todavía es muy joven, recién terminando la adolescencia, por algo externo que es el robo, de a poco ella va tomando las riendas de

su vida para finalmente llegar a ser una líder, dentro de un entorno que no es el suyo, lejos de su tierra y de sus seres cercanos.

En la construcción de sus personajes, tanto en esta como en sus otras obras, Branny cala en la condición humana, en sus virtudes y sus flaquezas, lo que se evidencia en las relaciones que se van construyendo entre los personajes, la credibilidad de esas relaciones, y sobre todo en los diálogos.

También está muy bien lograda la descripción indirecta del entorno. Sin mermar la fluidez de relato, el autor nos va presentando el Santiago de esos años, con sus tandas de cine, el Hotel Crillón, y las confiterías que transmutaban en salones bailables en las tardes y en boîtes en las noches. También vemos la Caracas de los años cincuenta, en un periodo de la historia de Venezuela quizás tan convulsionado como el actual. Todo esto, sin pesadas descripciones directas, sino que todo fluyendo desde los personajes, los eventos que los afectan y los diálogos.

De la historia no voy a hablar mucho, más allá de lo que ya sugiere el título de la novela, porque no quiero estropear la lectura develando datos de la trama. Solo debo decirles que la historia atrapa, es entretenida. Para dar una idea, es como si en los inicios de la obra alguien hubiera golpeado un rompecabezas desparramando las piezas, y el lector se pregunta si el puzle se podrá volver a armar, una intriga que se mantiene hasta la mitad del libro, y

desde ese punto, si bien el enigma se resuelve, la tensión se mantiene a partir de las incógnitas que se abren respecto al futuro de los personajes, ya que la verdad se devela solo para el lector, pero no para todos los protagonistas, a partir de ese punto de la obra, se crea una expectativa distinta, asociada a los posibles nuevos vaivenes de las piezas, ante ese cambio de escenario.

Branny nos comentó a algunos, que en esta novela la historia se construyó a partir de hechos reales. Al leer el libro, me doy cuenta de que tomando el hecho real como base, se despliega con fuerza la creatividad del autor y eso es lo que prima. Claramente la historia real conocida por él, pasa a ser una motivación para escribir. Lo comparo con un pie forzado. La novela que él crea es otra cosa: las escenas, los entornos, las atmósferas, las tensiones, la caracterización de los personajes, elevan ese hecho que puedo quedar como una anécdota familiar, a la categoría de obra. Afortunadamente el autor se ciñe al precepto de que no hay que dejar que la realidad arruine una buena historia.

Para terminar, solo invitarlos a disfrutar de esta nueva obra de Branny Cardoch, y lo invito a él, a seguir disfrutando de la alegría de escribir, aunque sepamos que luego viene el sufrido proceso de publicar. Para ser justos, un sufrimiento que disminuye gracias a editoriales alternativas, como Espora, a quien agradezco por la calidad del trabajo en esta obra como en otras que le conocemos. TN



7 películas antes de matar al señor Scrooge

Una novela de Gianfranco Rolleri

www.espora.cl

Sabueso de guante blanco

César Biernay Arriagada

Ante un horrendo crimen en China del siglo XIII, el criminalista Sung Tzu ordenó a los campesinos dejar su hoz en el suelo. Todas estaban limpias, pero en solo minutos decenas de moscas se sintieron atraídas por los restos imperceptibles de sangre en la herramienta del campesino homicida, delatándolo de su macabro acto. Así comenzaba sus clases el viejo profesor de criminalística.

—¿Recuerda al profesor Esquivel cuando afirmaba que los insectos ayudan a resolver crímenes?— fue la pregunta del Inspector Guzmán al Comisario Ruminot, mientras conducía el carro que patrullaba por quinta vez el mercado de Rengo.

—Cómo olvidarlo si desde que egresé espero enfrentarme a ese sitio del suceso para aplicar mis estudios en entomología forense— respondió el Comisario Ruminot con un dejo de melancolía.

—Nunca estuve tan seguro de eso Comisario. Quizás en China se podía descubrir rápidamente al culpable porque sus habitantes eran pocos y analfabetos, pero hoy, en ciudades con millones de personas, no es fácil descubrirlo.

—Pero no tan solo la cantidad de habitantes traba las diligencias de un crimen. Hoy las personas interactúan por Internet, desde sus estudios hasta los saludos de cumpleaños. Atrás quedaron esas diligencias románticas donde bastaba infiltrarse en una cantina para resolver un caso.

El reloj marcaba las 16.30 hrs. cuando llamaron por radio.

—Atento Julio 4121, Cipol le llama.

—Aquí Julio 4121, Comisario Ruminot a cargo, adelante.

—Diríjase a calle El Sendero con Rengo Bajo por hallazgo de restos humanos. Un vecino avistó una pierna y una mano en el Canal Mataquito.

—Comprendido, vamos al lugar— respondió el aplicado Comisario —Guzmán doble a la derecha y pi- que derecho. Un cadáver descuartizado baja ahora por el canal.

Al llegar al lugar, había niños y mujeres observando el macabro escenario. El tumulto de curiosos abrió paso al Comisario Ruminot que bajó del carro con su maletín de huellas y entre la gente apareció el vecino que alertó a la policía.

—Yo fui el que llamó. Venía en bici por la orilla del río y vi a un perro con algo extraño en el hocico. Me fijé que es la pierna de una persona muerta. Sentí miedo señor Detective pero cuando vi la mano me helé de solo pensar que el finado viene bajando en pedacitos por el río.

—Donde están las extremidades— inquirió el Comisario.

—Allí en la orilla del río. Amarramos al perro esperando que llegaran.

—¿Usted vio cuando el perro sacó del agua la pierna mutilada?

—No, solo vi que intentaba comérsela.

—Y está seguro que los restos vienen por el río.

—De donde más Señor Detective si se ve cada cosa flotando en el canal.

—Gracias por su colaboración. Guzmán, tómeme la declaración al vecino.

Los curiosos se apartaron dando el espacio necesario al Comisario para que hiciera su trabajo. Ruminot sacó un bolígrafo del bolsillo interior de su abrigo, no para escribir como pensó la gente, sino para manipular la pierna sin contaminarla. La giró y observó detenidamente sus vellos cortos y rubios. Por la escasa musculatura y flacidez de la piel presumió que podría tratarse de una mujer. Las manchas oscuras le hicieron pensar que se trataba de una anciana.

Premunido del mismo bolígrafo y una lupa, inspeccionó la mano girándola lentamente buscando alguna pista que contribuyera a dilucidar el descuartizamiento. La carne afloraba por donde debía estar la muñeca. El hueso sobresaliente confirmaba el interés del pequeño canino por saborearlo. Reconoció que de la palma se desprendía la última capa de dermis, cual culebra que cambia la piel.

La epidermis se desprendió levemente del cuerpo, como en aquel niño que esparce cola fría sobre su mano y la retira lentamente cuando se seca, simulando un sutil guante. El Comisario Ruminot, hombre ducho en materia forense, aplicó la vieja técnica criminalística. Abrió el maletín de huellas, sacó unos guantes de látex y se los probó al tiempo que extrajo cuidadosamente el endeble guante de epidermis que se desprendía de la mano descuartizada. Con el pulso del mejor cirujano, introdujo dentro del sutil guante de piel su mano protegida por el látex, apropiándose de las huellas del cadáver y sobre una plantilla con tinta logró las impresiones dactilares de la hasta entonces desconocida víctima.

—Guzmán, remita estas huellas y pida al laboratorio que identifiquen el cadáver.

—Conforme señor— respondió el Inspector, sorprendido por el dominio de la técnica demostrada por el Comisario.

—Atento Julio 4121, Cípol le llama.

—Aquí Julio 4121, Comisario Ruminot a cargo, adelante.

—Informe novedades sobre el hallazgo de restos humanos.

—Se tomó la declaración al testigo y paralelamente inspeccioné las piezas fragmentadas del cadáver. Se trataría de una mujer de edad avanzada. Sobre el sitio del suceso no existe certeza que haya bajado por el río aun cuando la mano presenta desprendimiento de epidermis.

—¿Tiene estimación de la data de muerte?

—Fue mutilada hace cuatro semanas. Revisen los archivos de las presuntas desgracias denunciadas hace un mes— El Comisario Ruminot cortó el llamado ante la mirada atónita del joven Inspector.

—¿Cómo puede estar tan seguro de la fecha de muerte si apenas recuperó las huellas de esa mano muerta?— preguntó el Inspector Guzmán.

—Entomología forense Guzmán. Al desprender la última capa de piel observé con la lupa que bajo las uñas habían larvas de dos milímetros, anidadas por la fauna de gusanos, atraídos por la humedad. El escaso tamaño de las larvas delatan que no lleva más de cuatro semanas en el vertedero.

—¿Pero no viene el cadáver bajando por el río?

—Esa fue la impresión del testigo, pero el cuerpo siempre ha estado en el barrial del basural contiguo al canal ¿No se fijó en el pelaje embarrado del perro? Más vivito Guzmán.

El celular del Inspector desplegó un whatsapp. «Guzmán, las huellas corresponden a Clodomira Betanzo

Pérez, 71 años, domiciliada en calle El Sendero 35 Rengo». Al unísono sonó la radio de la patrullera.

—Comisario, hemos revisado los registros de presuntas desgracias de hace cuatro semanas y consigna una mujer con síndrome down que desapareció en Machalí y una anciana en Rengo.

—Indíqueme el nombre de la anciana y quién hizo la denuncia.

—Clodomira Betanzo Muñoz y la denuncia la hizo su nieto Mirko Muñoz Muñoz— respondió la operadora —¿Necesita más información?

—Nada más. Iré en la patrullera donde el nieto para informarle que apareció su abuela.

Mirko era un joven descuidado, sin más proyecciones que reunirse con el grupito de la esquina. Su única ocupación era distribuir balones de gas y cuidar a su abuela. Aunque no se llevaba mal con la anciana, al poco tiempo le resultaba un estorbo. Así, una noche de alcohol y drogas, con un certero golpe le quitó la vida. La cercenó en pedazos con una sierra y la cargó en el camión de gas como si fuese un balón de quince kilos. Para finalizar su trabajo, la arrojó al vertedero y denunció la desaparición desde su celular.

Los policías enfilaron a la casa de la difunta. En la dirección indicada había un camión repartidor de gas estacionado frente al portón. El Comisario tocó el timbre una vez. Pensó en tocarlo nuevamente pero la cabeza de un hombre asomó por la ventana.

—No queda gas. Encargué pero lo repartiré mañana.

—Hola. Tú debes ser Mirko— habló gentilmente Ruminot —somos oficiales de la PDI ¿Podemos conversar un momento?

Mirko se sobresaltó y salió a la calle.

—Hace algunas semanas hiciste una denuncia por presunta desgracia ¿Has sabido algo de tu abuela?

—No he sabido nada— respondió el nieto —han sido semanas de mucha tristeza. Nos apoyábamos el uno al otro. Y así, tan repente, llegue a casa y no estaba.

—¿Este camión es tuyo?— preguntó el Comisario fijando la mirada en un grupo de moscas que se posaban en la puertecilla de descarga de los balones.

—Si, reparto gas— respondió Mirko sin percatarse de la agudeza del Comisario —¿Saben dónde está mi abuela?

—Venimos del vertedero donde se encontraron extremidades de tu abuela.

Mirko fingió pena y se tapó la cara.

—Éramos tan felices juntos. Mire, aquí tengo fotos de ella— sacó su celular y desplegó una a una las fotos para que las viera el Comisario.

Como por arte de magia, las moscas que estaban posadas en la puertecilla del camión se pegaron al teléfono de Mirko. Ambos observaron restos de sangre en el panel del celular. El nieto homicida intentó escapar pero con un rápido movimiento fue reducido y esposado.

—Pero ¿Porqué me detiene?

—Tienes derecho a guardar silencio— respondió Ruminot.

El profesor Esquivel sonrió en alguna parte del universo.

TN

(Cuento ganador en el concurso «Cuando las letras son la evidencia» de la PDI, 2017)

César Biernay Arriagada

Escritor, bibliotecario y profesor. Ha incursionado en el género negro y microcuento. Estudió Bibliotecología en la Universidad Tecnológica Metropolitana y Pedagogía en la Universidad de Tarapacá. Es Magíster en Educación por la Universidad de Chile. Funcionario de la PDI desde hace más de veinte años y profesor de Metodología de la Investigación en la Escuela de Investigaciones Policiales. Entre sus obras destacan: *Periplo de un billete de luca* (2014); *El planeta perdido de El Principito* (2015); *Sabueso de guante blanco* (2016) y *Trupán* (2008). En 2010 colaboró en la compilación de los casos emblemáticos de la Brigada de Homicidios y en 2017 participó en la desclasificación de los archivos del Departamento 50 de la PDI, los cazanazis chilenos. Su más reciente libro es *Macabros: Historias de asesinos despiadados que intentaron el crimen perfecto*, Editorial Catalonia, Santiago, 2020.



Macabros o la literatura de crímenes reales

de César Biernay Arriagada

Por Bartolomé Leal



A propósito de este enjundioso libro producto de la erudición de César Biernay en la historia abierta y oculta de la criminalidad chilena, nos ha parecido interesante abundar un poco en este subgénero, el de los «crímenes reales», que tantos seguidores tiene entre los amantes del *noir*. Un antecedente pionero es por supuesto las *Memoorias* (1828) de Vidocq, un comisario francés de policía que recopiló sus vivencias en el oficio, escritas en tono ágil y no exento de humor, que mantiene permanente el interés del lector. Testimonio además de un período turbulento de la historia de Francia.

Pues sí. Existe una noble versión del género negro en su versión policial que corresponde a lo que se llama narrativa de crímenes reales. Es algo que sin duda alguna recoge elementos del entorno social que pueden apoyar con material para construir la escritura de la historia de los países y la sociedad. Sobre todo lo que se ha llamado la *petite histoire*, la que no da cuenta de héroes ni hazañas, sino la vida y muerte de la gente común. Dentro de esta corriente nacen a su vez dos vertientes: la novelización de «casos» y la crónica, generalmente a cargo de ex policías o detectives profesionales que documentan sus experiencias, tanto durante el trabajo en terreno como a través de la pesquisa en archivos.

En la primera categoría son celebérrimas, por un lado, las novelas de Truman Capote *A sangre fría* (1965), que elabora sobre las hazañas asesinas de un par de pistoleros que masaca a una familia en Kansas y finalmente terminan ejecutados, un libro por un escritor lejano al género policial incluso al *noir*, gran best-seller de todos los tiempos, el cual ha hecho más conocido a Capote que por su amplia obra novelística y cuentística; y por otro lado,

La dalia negra (1987) de James Ellroy, que trata de manera se diría polifónica el caso de una aspirante a actriz brutalmente torturada y descuartizada en Los Ángeles, California.

Recuerdo una cadena de librerías de Nueva York llamada «*Murder Ink*», desaparecida hace algunos años a causa de la crisis del libro impreso. En todas las sucursales había una sección bastante nutrida que tenía en sus anaqueles la etiqueta «*True Crime*». Había libros, revistas, folletos e incluso videos en el tema. Me explicaron que dicho subgénero tenía su público y que numerosos lectores, algunos fanatizados y de todas las edades, se abalanzaban en busca de novedades. Incluso las traducciones de libros extranjeros eran bienvenidas, lo que no era el caso de los libros más convencionales del género policial/*noir*.

En Chile el antecedente es la obra narrativa de René Vergara, un detective que llegó a los más altos cargos en la policía de investigaciones y que publicó varios libros de relatos de notable éxito a partir de los años 50. Se le sigue leyendo y reeditando. Ha sido un autor con tremenda influencia en la manera en que ha evolucionado el género en nuestro país, tanto por autores cercanos como lejanos a la policía oficial; aunque por cierto el influjo ha sido mayor sobre los escritores que hacen del detective una figura central en su narrativa. Creó un personaje paradigmático, el «Mono» Cortés. En la novela *La otra cara del crimen*, Vergara aborda el caso de la célebre actriz Alicia Bon, asesinada tras un drama pasional.

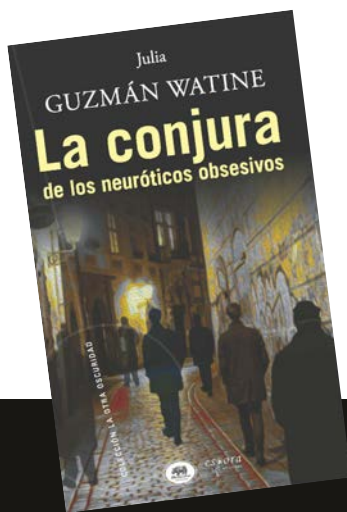
Es pues en esta tradición que se inserta el libro *Macabros* de César Biernay. Lleva un subtítulo significativo: *Historias de asesinos despiadados que intentaron el crimen perfecto*. Esto acota por cierto el alcance de las crónicas

que el autor construye en torno a asesinos bien reales de la historia criminal chilena, sin duda los que mayor atracción y morbo generaron en su época e incluso repican en la actualidad. El autor lo expresó así en una entrevista al diario LUN: «La gracia de este libro es la triangulación entre víctima, victimario e investigador policial. Es el mismo crimen visto desde tres aristas, donde se aborda la mente criminal del homicida, las vulnerabilidades de la víctima y la astucia, la sagacidad y la intuición del detective». Los casos del Enano Maldito, los hermanos Rojo, el incendio en la cárcel de San Miguel, el perro mártir Anker, el asunto Yuraszcek y otros, son vistos por el autor desde esa perspectiva. Tienen en común la obsesión por el «crimen perfecto», lo que adoba muchas de las acciones de estos homicidas criollos.

Para los lectores aficionados a esta forma particular del género, que forman legión como señalamos arriba, no es solo una delicia reencontrar estas historias que llenaron las preocupaciones de tanta gente en su época; aunque sobre todo, gracias a al ojo de archivero de César Biernay, reparamos en elementos claves acerca de los comportamientos de la gente. En otras palabras, la trama social en que se mueven los compatriotas, y las formas en que se expresan a menudo los sentimientos oscuros, para dar origen a estos sucesos criminales, siempre sorprendentes, siempre inesperados, que siempre sacan palabras como «yo le conocí», «nunca me hubiera imaginado», o «el mal acecha».

En el número 20/2020 de la revista *Amerika*, de la Universidad de Rennes, Francia, se publicó una reseña de *Macabros* firmada como «Román Calvo», donde se señala certeramente la forma en que un Biernay rigurosamente apegado a la verdad maneja sus materiales para lograr un resultado de valor literario: «Las barreras entre ficción y realidad se desdibujan y devienen porosas: en ningún momento pierden su amenidad y nos transmiten la sensación que esos horribles crímenes recién ocurrieron y que el proceso investigativo se revelará ante nuestros ojos mostrando tanto sus pasos en falso como los que, por fin, llevan a su justo destino. Uno de los secretos para la creación de este clima quizá esté en que el narrador multiplica la perspectiva narrativa, tomando en cuenta el punto de vista del victimario, de la víctima y el de la investigación policial. Se teje así una madeja con varias puntas, cada una de las cuales conduce al desenlace final y revela aspectos insospechados de la psicología humana, así como diversos aspectos del tejido social de Chile».

La editorial Catalonia anuncia que con este libro inaugura su colección «Expedientes desclasificados de homicidios en Chile». Saludamos este inicio con la obra de un autor tan original y entusiasta devoto del género como César Biernay, que está aportando de manera cada vez más sustantiva a la narrativa negra en nuestro país. **TN**



Colección «La otra oscuridad»

La conjura de los neuróticos obsesivos **Julia Guzmán Watine**

Rhinoceros www.espora.cl

UNO

A la telenovela le faltaba una escena y Rodrigo Martínez sabía que el director la esperaría hasta las cinco de la tarde, hora en que comenzaba la grabación. Como libretista, recibía un honorario espléndido y si debía estrujar su imaginación para escribir el episodio en forma urgente lo haría de buenas ganas.

Caminó con los ojos cerrados y entró a la ducha. El agua fría lo despabiló. Su mujer debía estar en la piscina del hotel. Ella se levantaba temprano y reservaba cuatro reposeras. Luego iba al comedor con las dos niñas por el desayuno. Si no encontraba a la familia al borde de la piscina, solo debería esperar.

Escogió una guayabera blanca y un traje de baño azul. Con los lentes de sol y el sombrero de pita de Panamá parecía un gringo de paso por la capital. Sonrió al mirarse en el espejo. ¡Y pensar que protestó frente al consulado norteamericano cuando estudiaba filología en la Complutense! Era otro tiempo, un tiempo distinto, de sangre caliente y socialista. Debía reconocer que cuando joven tenía una cuota de resentimiento social por los que provenían de sectores acomodados y de familias de apellidos. Pero lo había superado y ahora gozaba del estatus de un escritor profesional, tal vez desconocido del gran público, pero apreciado por directores y productores audiovisuales.

Sus telenovelas eran las favoritas en el horario de la tarde. Aseguraba el éxito utilizando argumentos románticos. Al espectador nocturno lo conquistaba con otro libreto: incluía una escena de la protagonista sin ropa. Eso fascinaba a los hombres. A veces admitía un fugaz desnudo masculino, de un joven atlético y lampiño, para equiparar el trato que daba a los sexos.

La última telenovela de media noche alcanzó un éxito absoluto. Superó todos los rankings de audiencia. La fórmula fue simple: las cuatro actrices secundarias mostraban los senos y la protagonista principal lo mostraba todo. Para evitar la aparición patética de alguna jovencita sin talento ni estudios de teatro, las escenas tenían mucha acción y pocos diálogos.

Salió al pasillo. Le agradaba ese hotel. Cuando venía a Madrid lo elegía. Desde los ventanales se podía apreciar una imagen imponente de la ciudad. Por motivos de trabajo, cada año pasaba menos tiempo en España. Consideraba a México una buena plaza para un escritor latino. Pero el público que más le gustaba era el argentino, tal vez porque creció admirando a Borges.

En el ascensor vacío, Martínez bajó hasta el tercer piso, donde subió una camarera que lo saludó en inglés. Él respondió con un rápido «good morning» y el ascensor continuó descendiendo. Llegó al subterráneo y accedió a un pasillo que comunicaba a los turistas con la piscina, evitando que estos circularan por la planta baja donde se hallaba la recepción. Sonrió al recordar el trato que recibió de la camarera. La piel blanca y el cabello rubio le daban ese aire de extranjero despistado.

La escena que faltaba iría en el horario de trasnoche, de manera que podía usar un estilo provocativo, en el límite de lo permitido. No obstante pertenecer la trama al género negro, en el capítulo no habría violencia explícita por instrucción de la dirección del canal. Eso evitaría que los censurasen por los metros de piel desnuda que mostraría.

A las diez de la mañana, un público escaso ocupaba la piscina, pero las reposeras ya estaban marcadas con toallas. Alguien las había reservado. Él conocía el espacio preferido de su mujer y caminó hacia el centro de la

pileta. Encontró el lugar y las cuatro reposeras vacías. Supo que su esposa y las dos niñitas aún no terminaban de desayunar, de modo que eligió la reposera ubicada bajo el toldo. La quinta y la sexta eran usadas por una pareja joven: ella una rubia de grandes senos en un estrecho bikini y él un muchacho alto con tatuajes del Egipto antiguo en los brazos.

Estiró la toalla y trató de acomodarse de espalda. En ese instante escuchó el tono agrio de la mujer: «Seguro que este gringo se puso a mi lado para espiarme de pies a cabeza. Javier, necesito cambiar de lugar. Déjame tu reposera».

El joven en silencio hizo lo que pidió su mujer y quedó franqueando el costado al falso gringo.

—Me fastidia que me miren en forma libidinosa. ¡No lo soporto!

—Calma, querida. Debes estar tranquila y preparar la prueba de televisión de la tarde —dijo el hombre.

—¡Espero tener suerte! Aceptaría cualquier papel. Lo importante es ingresar al medio y no importa que el rol sea pequeño.

Pasados cinco minutos y, al llegar su mujer con las hijas, Martínez se sentó y observó a la pareja a través de su Ray-Ban. En ese momento, la rubia habló lo bastante alto para que todos escucharan:

—¡Qué niñitas más feas! Negras y despeinadas. ¿Quién será el padre?

Martínez sintió rabia por el comentario y se volvió inquieto a la más pequeña:

—¿Desayunaron?

—Estaba exquisito, papá —afirmó la niña.

—Querida, voy a la habitación —dijo poniéndose de pie.

—No demores demasiado. Ellas quieren que las veas nadar.

Martínez sonrió y caminó hacia el dormitorio. Había decidido retirarse de la piscina y escribir de inmediato el episodio faltante. Luego se desquitaría de la rubia que encontró feas a sus niñitas.

La joven desparramó bloqueador solar en sus piernas y luego pidió a su amigo:

—Javier, esparce crema en mi espalda. No quiero broncearme más de la cuenta. ¿Viste a tu amigo del canal?

—¡Por supuesto! —exclamó el hombre y cogiendo el frasco de loción inició un suave masaje en las clavículas de la mujer—. Hablé con el jefe de programación y él conversó con el director de la telenovela. Son muy amigos. Está todo arreglado. Hay un papel para ti.

—Gracias, querido. Espero que no me den el personaje de rubia tonta.

—Por el contrario, dijo que te conseguiría un rol protagónico.



DOS

Cinco para las cinco, Rodrigo descendió del taxi frente al Canal de televisión. El ajetreo en un día de grabación es intenso. No solo se filman las escenas del capítulo, sino que también se escogen a los extras. Una fila de aspirantes siempre permanece a la espera, casi bloqueando el acceso a los set de filmación.

El escritor observó la hilera de mujeres. En el tercer lugar reconoció a la rubia de la piscina que ofendió a sus niñitas. Parecía una modelo, de piernas largas y senos prominentes. Un vestido rojo destacaba las curvas. El primer lugar lo ocupaba la versión morena de la anterior. También muy segura de sí misma, tanto que no paraba de hablar.

A penas el portero advirtió la presencia del escritor le abrió la puerta. El director ya había preguntado dos veces por Martínez. La rubia creyó reconocer a ese personaje que re-cibía un trato preferencial, pero no logró recordar a donde lo había visto. Se dio vuelta y preguntó a las otras mujeres de quien se trataba. Contestó la morena del primer lugar: «Es el autor de la novela y guionista. Es muy importante».

Rodrigo Martínez ingresó al privado del director sin llamar. Se conocían desde cuando estudiaban periodismo en Cantarranas, en la vieja Escuela del Campus de Moncloa.

—Hola, Jorge. Aquí tengo la escena corregida.

—Llegaste justo. ¿De qué se trata el episodio?

—Ocurre en la colonia escolar. Una rubia estupenda, que trabaja como profesora, desaparece y los alumnos la encuentran desnuda y maniatada entre las dunas. Alguien la asesinó en la playa en horas de la noche. La cámara enfoca el cuerpo por largos minutos. Esa es toda su participación.

—¡Me gusta, me gusta! Dame detalles —dijo el director.

—El criminal le metió una braga en la boca para que no gritara y con una rama de acacia le separó las piernas.

—¿No es una escena muy violenta?

—¡Para nada! —exclamó Martínez y agregó—: Solo exhibimos las consecuencias. Además, esa parte se filma sin audio y se limita a mostrar a la rubia desnuda. Al final, el visor se detiene en una frase que alguien escribió en la arena húmeda: «Por puta».

—¡Perfecto! Es una escena para mayores de edad. ¿Dónde encuentro a la muchacha para el papel?

—Afuera, en el tercer lugar de la fila, hay una rubia de vestido rojo que calza con el personaje —dijo Martínez pensando en la hora del desquite.

El director abandonó el privado y atravesó el patio que lo separaba de la reja. Desde ahí tenía una visión panorámica del ingreso al canal. Miró un buen rato al grupo de mujeres y luego se volvió hacia el portero:

—Rodolfo, dile a la tercera de la fila que pase y despide al resto.

TRES

La muchacha ingresó a la oficina del director. Apretó los dientes en un intento por controlar la inmensa alegría que sentía al haber sido elegida entre un montón de candidatas. No le cabía duda que las recomendaciones del amigo de Javier fueron decisivas. Ahora dependía de su talento permanecer en el elenco de ese famoso director de televisión. No escatimaría esfuerzo para perdurar bajo las cámaras y convertirse en una estrella.

—Es una escena simple pero una de las más importantes de la serie. Usted será la protagonista —aseveró Jorge Ahumada a la rubia que permanecía inquieta en el sillón.

—Estoy feliz. Tengo cuatro semestres en la Academia de Arte Dramático y no lo decepcionaré.

—¿Cómo se llama?

—Virginia Pascal.

—Bueno, Virginia. Su participación podría calificarse de estática. Debe interpretar a la víctima de un asesinato —dijo el director mientras cambiaba de una mano a la otra el texto de la obra.

—¡Ah! No tendré un parlamento. No importa. Si debo ser un cadáver seré el más convincente cadáver de la televisión —dijo la joven y deslizó una amplia sonrisa en toda la extensión de los labios.

—Usted caracterizará a una profesora del internado que es asesinada en la playa.

—No tengo problema.

—Hay un detalle que define la escena, un detalle inmodificable. El cuerpo sin vida de la profesora es descubierto desnudo entre las dunas —agregó el director tratando de dar la menor connotación a las palabras.

—¡Desnuda! Imagino que el ángulo de la toma no mostrará el sexo.

—Al contrario, es un acto sin rubor. En el más absoluto descaro del cine. Sin embar-go, no tema usted. La filmación se lleva en la más estricta privacidad. El escenario estará aislado y vacío. Solo el Director, su ayudante y el camarógrafo asistirán al rodaje. Además, considere que el operador de la cámara es una mujer, la señora Gina. No existirá ningún testigo molesto que pueda importunar su pudor.

—¡No sé! Nunca imaginé hacer una escena de desnudo total.

—Unos pequeños toques de maquillaje en el rostro la harán irreconocible.

—Bueno. En esas condiciones no me queda otra cosa que aceptar y ser un hermoso cadáver —dijo Virginia pensando que tenía un cuerpo magnífico.

—Bien. Diríjase a la sección de Vestuario. Pregunte por la señora Consuelo. Ella la preparará y le dará una bata adecuada. La filmación será en media hora —dijo el director e hizo un ademán para indicar que la conversación había terminado.

CUATRO

Cinco minutos más tarde, apareció Rodrigo Martínez en la oficina de la Dirección. Tenía una mirada cómplice, como quien hace sábanas cortas a sus compañeros en las vacaciones.

—Ya arreglé el sitio del crimen. Acompáñame y entérate como muere la muchacha —invitó el escritor.

—Salgamos por la puerta de servicio —dijo el director.

Con una decoración ingeniosa, de sábanas y de sacos de arena, los tramoyistas habían logrado dar la apariencia de unas dunas desiertas. Una iluminación tenue inducía a la sensación de tener el mar cerca. Martínez se inclinó en un recodo del cuadro y estiró un alargador eléctrico sujeto a la parte superior de la duna. El cable blanco se encontraba atado a una mata de doca artificial, una planta originaria de América del Sur, que fue fijada en la estructura de madera.

—Opté por un alargador eléctrico, fácil de encontrar en cualquiera casa. Hice un lazo corredizo que la actriz debe colocar en su cuello una vez que esté inclinada en la arena. La camarógrafa colocará esta rama de acacia entre sus rodillas y pondrá una braga en su boca. Es importante que la joven mantenga el equilibrio y no ruede hacia el costado.

—Perfecto. Ahora debemos desalojar el perímetro de figones. Espérame en mi oficina. Después podemos ir a beber algo —dijo el director dando un golpecito en la espalda a Martínez.

El ayudante del director hizo que un par de tramoyistas saliera y cerró el acceso al salón donde se filmaría el episodio. Virginia llegó envuelta de una bata blanca en compañía de la señora Consuelo que la antecedía. Calzaba unas sencillas zapatillas que abandonó a un costado de las dunas artificiales. La señora Gina, que había instalado la filmadora algunos minutos antes, indicó la posición que debería ocupar la protagonista.

El director le hizo una señal a la encargada de vestuario y la mujer desató el nudo de la bata de Virginia. Luego se ubicó en la espalda y le ayudó a retirar la prenda, la cual cayó a sus pies. Quedó al descubierto un cuerpo perfecto, parecía Afrodita surgiendo del océano. El director respiró

apresurado ante esa magnífica visión, en la cual dos espacios blancos hacían ver más oscuros el triángulo delicadamente recortado.

Doña Consuelo asistió a la joven desnuda cuando esta se estiró sobre la superficie de arena. Luego vino el turno de la camarógrafa que puso la rama de acacia que separó sus rodillas y dejó el sexo expuesto por completo. Ella quería tener los mejores ángulos al momento de la filmación. Colocó el cordón en el cuello y puso una pequeña braga nueva en su boca. Luego se retiró unos metros hasta quedar detrás del visor y apretó el botón de la cámara. La escena estaba sucediendo.

Virginia quedó casi sentada en la arena sin tener donde apoyar la espalda. El lazo alrededor de su cuello lo sintió firme. El director y su ayudante eran los únicos hombres en el salón, pero este último tenía fama de gay. De manera que el sexo contrario quedaba reducido al director y él no importaba a los ojos de Virginia, ya que era un profesional de mayor experiencia que un médico en el tema de desnudos. Una paz la invadió y estiró un poco las piernas para ganar en comodidad. En ese momento advirtió que una figura salía de la oficina del director por la puerta trasera, por el costado del salón de filmación. ¡Por Dios! Creyó distinguir al libretista y quedó congelada mirándolo llena de pavor.

—¡Qué niña tan negra y despeinada tiene entre las piernas!

Fue instantáneo. Virginia recordó donde había visto al tipo con pinta de gringo. Trató de gritar de rabia e hizo un gesto para cubrirse con las manos. Pero la rama de acacia impidió ese movimiento y resbaló hacia atrás. El nudo de alambre apretó su cuello y sobrevino la oscuridad en los momentos que sentía el golpe de corriente y su esfínter cedía. Una mermelada fétida resbaló por los muslos mientras un chorro de orina salía furiosa.

La reacción de Rodrigo Martínez fue rápida y le salvó la vida a Virginia. Corrió hasta la duna falsa y le libró del lazo de alambre, el que marcó una huella roja en la epidermis del cuello.

Ella recobró la conciencia luego de unos pocos minutos, pero la vergüenza que sintió fue más prolongada. Al final, no le importaba que ese hombre la viera desnuda y le hiciera respiración boca a boca. Lo que la ruborizaba era tener los muslos embetunados de mierda y estar mojada hasta la cintura con orines. Él siempre la recordaría fea y sucia. Lo peor que el incidente fue filmado y tendría que pedir al director que suprimiera el desagradable accidente. Martínez afirmó que la cinta no podía ser borrada hasta que la viera el fiscal, para deslindar responsabilidades.

Virginia nunca se había sentido más humillada que en ese set de filmación. **TN**

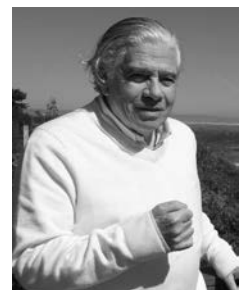
Eduardo Soto Díaz

Se gana la vida como abogado y notario en un pueblo del sur de Chile. Practica con pasión el género noir en novela y cuento, con un singular giro hacia lo fantástico en su vertiente local. Antes de estudiar derecho en la Universidad de Chile, estudió periodismo y filosofía en la misma Universidad.

La primera novela negra que publicó es *En la Oscuridad del Miedo*, premiada en el Concurso Oscar Castro de 2004 y publicada por la editorial Cesoc. El año 2006 premian y publican en Málaga, España, *Tras las nubes habitan los ángeles*.

En el año 2009, la Editorial Mosquito publicó la primera oscuridad de *El Orden de los brujos*. En el año 2012, la editorial Librería América del Sur publica la segunda oscuridad de *El Orden de los Brujos*.

Su cuento «Una playa desierta» forma parte de la compilación *10 cuentos negros de autores chilenos* publicada en Cochabamba, Bolivia, en 2015.



Filete y Chuleta detectives

Sobre *Teresa la tigresa Caperuza de la droga*, de Eduardo Soto Díaz

Por Julia Guzmán Watine



Teresa la tigresa Caperuza de la droga, de Eduardo Soto Díaz, inaugura la colección de relatos negros La Otra Oscuridad de las editoriales Espora/Rhinoceros, dirigida por Bartolomé Leal y el autor de este relato. La acción se desarrolla principalmente en el barrio Matucana y el narrador omnisciente, en ocasiones, al estilo de O'Henry, evalúa y opina acerca de lo que narra o del entorno, como si fuera un vecino más que presencia los acontecimientos.

Esta novela breve es protagonizada por dos policías de Investigaciones: Filete Sotelo y su nieto y subalterno Chuleta Montero, quienes van al acecho de bandas de narcotraficantes. Ellos, ya curtidos por los peligros, se toman la vida y la muerte como un juego de azar. Sobre todo, Filete Sotelo, que, a esas alturas de su existencia, cree que no tiene nada que perder. Por lo mismo, se saltan los protocolos y se enfrentan sin los refuerzos necesarios a peligrosos delincuentes que no dudarían en eliminarlos. El relato, por lo anterior, irrumpe en el universo del narcotráfico por medio de la persecución sistemática de los detectives y los enfrentamientos entre las bandas asociadas y rivales. Se profundiza en el mundo solitario e impredecible del crimen.

Desde el comienzo se sabe de Teresa y se toma conocimiento de la banda del Almeja Vial. No se necesitan muchas peripecias para dar con ellos; no hay tanto misterio. De modo que en esta novela negra a pesar de que hay una pesquisa, se privilegian los enfrentamientos, donde la temeridad de los personajes acelera la narración y somete a los personajes principales a una serie de situaciones casi suicidas.

En otras palabras, se entretienen historias de persecuciones y balceras que acompañan las indagaciones de los detectives y confunden a los narcotraficantes; y, por otro lado, una trama subterránea de cuentas pendientes y venganzas se gesta para el desencadenamiento de un gran

duelo entre las dos fuerzas que se han enfrentado en esta historia.

Entre los malhechores resaltan el gigante Terencio, «el perro fiel» de Teresa, una especie de esclavo (hubiera preferido ser su esclavo sexual), carente de voluntad frente a su caperuza; sin embargo, bastante resuelto si se trata de salvarle la vida. También aparece su antípoda, el Enano Maldito, que se convierte en el desafortunado informante de los policías cuando Filete lo interroga y luego, de Terencio, cuando este último intenta entender la confabulación que separa las bandas de los narcotraficantes.

Si bien se muestra una sociedad envuelta en el crimen y el narcotráfico, en esta narración la crítica no es lapidaria; no hay un enfrentamiento desigual entre un detective y el Estado o los hilos descompuestos que lo dirigen (tan propio de historias donde se muestra tanto la ausencia de Estado de derecho, como la soledad desesperanzadora de un detective incorruptible y marginal).

De este modo, la crítica es acotada y da la impresión de que, a diferencia de otras novelas del género negro, no todo está perdido. Probablemente hay una ilusión de reparación o de una suerte de mejoramiento por parte de los protagonistas. Quizá no todas las pesquisas degradan a los detectives.

El entretenido y rápido relato invita a recorrer los alrededores de Matucana y las ramificaciones que se integran por medio del narcotráfico. La gravedad o grado de violencia del relato marca un contraste con el tono liviano acompañado, en ocasiones, con toques de humor. De suerte que el lente de aumento presenta las grietas propiciadoras de la existencia del crimen y la corrupción; sin embargo, el cuestionamiento se expresa en un tono alejado de la gravedad, por lo que la sociedad imperfecta no presenta una realidad que corroe las confianzas al género humano. **TN**

Eran las once de la noche y Sebastián recién terminaba de responder las preguntas por el chat. No podía solo, desde que era panelista en el programa matinal del canal siete, los seguidores aumentaban como cultivo bacteriano. Las preguntas eran las mismas cada día, las respuestas podían encontrarse en los cientos de sitios en internet dedicados a la medicina, pero el truco del éxito consistía en hacer sentir a cada persona que era parte de un grupo, los seguidores del doctor Cornejo. Definitivamente debía contratar a alguien, necesitaba tiempo para comenzar el libro, la editorial quería publicarlo en la primavera, sería la biblia de la salud. Cuando era estudiante de medicina nunca pensó en un futuro tan ventajoso, aún no sabía lo que era capaz de hacer, sus aspiraciones no iban más allá de tener un buen pasar, casarse con María Paz, tener hijos, viajar, nada de eso había ocurrido, no hubo hijos y el matrimonio fue un fiasco, tuvo que comenzar de nuevo, lo ocurrido hacía un año y medio atrás, que era el tiempo de la separación, y que lo sintió como la mayor tragedia, hoy lo veía como un acontecimiento favorable en su vida, quien sufría ahora era ella que lo había subestimado tanto. Solo faltaba resolver lo de su madre para que todo estuviera perfecto. Ser médico para él no consistía en nada más que en evitar el dolor y el sufrimiento, y si se trataba de su madre debía hacer lo que estuviera a su alcance y más.

Repasó el plan antes de dormir, mañana a las cinco en punto pasaría por Evelyn y Miguel, nada podía salir mal, conocía bien la ruta y el destino, estaba tranquilo.

Estacionó frente al edificio, subió para ayudar a Evelyn y asegurarse que llevara lo necesario para que el viaje resultara según el plan. El conserje estaba despierto, se preparaba para el cambio de turno, ¿tan temprano por acá doctor?, ¿pasó algo con Miguelito, con la señora Evelyn? Nada de qué preocuparse, Alberto. Si puedo ayudarle en algo me avisa por el citófono. Gracias, nos llevamos a Miguel a una residencia, estará mejor allá. El

portero sonrió con sorpresa ante la noticia, ¡Qué bueno que la señora Evelyn se haya convencido, es lo mejor para ella y para su hermano!, ¡tantos años de sacrificio...! ¡Muchos, ya no da más mi pobre madre! interrumpió Sebastián y fingió una sonrisa cariñosa al entrometido conserje, hizo un gesto con la mano antes de meterse al ascensor.

¿No se nos queda nada? preguntó a Evelyn. Está todo, como me lo pediste. Sebastián tomó en brazos a Miguel y lo subió al asiento trasero del copiloto, cerró la silla de ruedas y la guardó en el maletero. Acomodó el cinturón de seguridad y sacó una pastilla de un sobre que puso en la boca de su hermano para que durmiera en el viaje.

Tenían más de una hora por la cinco norte, los rayos del sol disparaban a bocajarro por el lateral derecho, Evelyn sacó de la cartera un estuche marca *Guess* con estampa de leopardo, fue el regalo de Sebastián en la navidad reciente, los lentes de sol aún estaban cubiertos por el plástico, empañó los cristales y con dificultad pasó el pañito, las manos temblorosas impedían que hiciera bien el trabajo, también tuvo que hacer un esfuerzo en colocárselos. Sebastián puso un CD de The Beatles para distender el viaje. Sabía que no tendrían mucho de qué hablar, y era mejor así, cualquier frase inoportuna podía conducir a una sarta de reacciones en Evelyn que podían aniquilar el plan. Era el jueves uno de febrero, y en unos días más la carretera vacía se vería desde el cielo por la televisión como un caminito de hormigas en medio de un descampado, estaban al límite de tiempo.

Cada uno iba concentrado en sus pensamientos, muy ausentes el uno del otro, Evelyn tenía los pómulos enrojecidos y a cada cierta distancia manifestaba una sensación de asfixia, Sebastián sabía que Evelyn sufriría una crisis de pánico, tengo la solución, mamá, recuerda que vas con un médico, abre la guantera en una caja con letras azules vienen dos pastillas, toma una, con eso estarás bien. Sonaba *The Long and Winding Road*, faltaban

más de doce horas de camino aún. Evelyn comenzó a pestañear hasta dormirse, Sebastián apagó la radio, seguro anoche tampoco había pegado un ojo, bueno, desde hacía veinte años que no dormía bien.

Destapó una Red Bull para mantenerse fresco, el calor envolvía la carretera en una gelatina transparente, eran las dos de la tarde, no tenía dudas de que hacía lo debido, recuperar la vida como cuando antes de la enfermedad de Miguel, en la casa antigua que después parecía un parque de diversiones abandonado, cuando Evelyn pasaba por él al colegio antes de que terminara la jornada y se iban al San Cristóbal a mirar la ciudad que desde la virgen se asemejaba a los rompecabezas de miles de piezas diminutas que armaban por las noches y que él se encargaba de pegar en el cartón piedra. Pero esa calidez de hogar no disminuyó con la muerte de su padre, sino se concentró aún más hasta que un viento frío entró de golpe cuando a Miguel lo atacó la meningitis. El rostro dulce de Evelyn fue aplastado por lo irremediable, mutó en una máscara dura como las rocas estriadas por los ventarrones en la montaña, y la fuerzas que aún tenía las ocupó en Miguel, veinte años, día y noche. De joven él seguro no había sido el mejor hijo pero aún podía serlo durante el resto de la vida de Evelyn y ella podría ser la madre que él quería que fuera.

Estacionaron en Coquimbo en una bencinera, Evelyn revisó que Miguel estuviera cómodo, sacó la comida que traía en un táper y que consistía en una papilla amarilla, Miguel rechazaba el puré y prorrumpía unos gruñidos que iban acompañados de un movimiento descoordinado de los pies y de las manos, que eran los únicos órganos que podía mover hasta cierto punto. No

quiere nada, dijo Evelyn, quien dejó de insistir, se da cuenta de todo lo que pasa, sacó una toalla húmeda y limpió el borde de la boca. Estarás bien, hijo, estarás bien, decía convenciéndose a ella misma y pasaba una toalla por su frente hasta que se durmió otra vez. Sebastián fue por unos sándwich y bebidas, comieron y antes de volver a la panamericana pasó a una ferretería, necesitaba unas herramientas.

De regreso haremos el viaje que alguna vez te prometí, Evelyn. ¿Lo recuerdas? Cuando mirábamos pasar los aviones, recuerdas que te dije que cuando fuera grande nos iríamos de viaje por el mundo, solo que nos iremos por el mar en crucero, he estado mirando ofertas en internet, está el caribe, el mar Adriático, Evelyn se quebró en llanto como un recién nacido, ¡No puedo, hijo, no puedo! Tenía espasmos, Sebastián activó las luces de estacionar y se detuvo en la estrecha berma, un desfile de cinco camiones militares pasaron a toda velocidad por el lado.

Evelyn, Evelyn, mírame, no podemos dar pie atrás, tenemos un plan, ¡no puedo, no puedo, Sebastián! Evelyn, ya lo decidimos, con el tiempo todo el mundo lo va a entender, mírate, no puedes seguir así, no debes sentir culpa, estuviste veinte años condenada, ¡Volvámonos, Sebastián, no puedo, prefiero morir yo! La madre de los dos hombres intentó abrir la cartera, ¡ya basta, Evelyn, basta! Sebastián se la arrebató de las manos y la dejó en la puerta del piloto, la tomó de los hombros firme y la abrazó, Evelyn lloró por unos cinco minutos en el pecho de Sebastián hasta calmarse, piensa en todos los años infernales que has vivido, solo piensa alguna vez en ti, mamá.



Sebastián no hizo ninguna parada más y no bajó de los ciento cuarenta, a las diez de la noche llegaron a Antofagasta, en la cabaña dio la mitad de un somnífero a Evelyn y se hizo cargo de Miguel a quien también suministró una dosis. Se acostó en la cama de al lado, él nunca tenía problemas de sueño y en ese momento no era distinto.

Todavía estaba oscuro cuando se internaron en La Negra, así llaman a aquel lugar del desierto que está por el acceso sur de la ciudad, se estacionó en una colina, Sebastián dejó el motor encendido, el sol aparecía e iluminaba la planicie interminable, puso el CD de The Beatles, sonó *Love me do*, bajó con las herramientas y avanzó por el desierto unos cien metros y comenzó a cavar, una hora y media estuvo en eso, lo que duraban las veintisiete

canciones que tenía el CD, volvió al auto y sacó la cartera de Evelyn que aún estaba en la guantera de la puerta de su asiento y se la colgó, Evelyn abrazaba a Miguel, pero ya no sollozaba, ya apúrate, dijo Sebastián. Lo tomó en brazos y caminó hacia donde había cavado, puso a Miguel en el hoyo y lo tapó con tierra hasta la cintura, sacó la *Smith and Wesson*, calibre 32 de la cartera y apuntó, tenía las manos temblorosas, esperó hasta sostener firme la pistola y disparó cuatro veces, se inclinó para comprobar que ya no respiraba, terminó de tapar la tumba hasta dejar el suelo parejo. Ya está hecho, dijo a Evelyn cuando subió al auto.

TN



Antonio Riquelme

Antonio Riquelme (1986), Profesor de Castellano y Comunicación, ejerce la docencia en el Centro Penitenciario Colina 2. Escribe cuentos y participa en el taller de narrativa de la SECH «El Charleston», dirigido por el escritor Jorge Calvo.



Los investigadores no lloran en los cafés

De Fernando Jerez

Por Antonio Rojas Gómez



Fernando Jerez sabe cómo contar una historia. Sabe que es preciso captar el interés del lector en las primeras páginas, que se debe entregar la información dosificada a medida que avanza el argumento, que los personajes se van construyendo en cuanto actúan, que no deben ser previsibles y tienen que sorprendernos con reacciones inesperadas para que los vayamos conociendo en su intimidad. Sabe, también, que las cosas no son siempre lo que parecen y pueden proporcionarnos sorpresas cautivantes. Y todo aquello conduce la lectura como el avance de un tren de alta velocidad, ligero, cómodo y grato, de esos que echamos de menos en Chile.

El personaje de esta novela es un escritor que, en la primera página, se dispone a suicidarse. «Le fastidiaba que pudiera ser recordado no por el mérito de sus novelas sino que por haberse dado un tiro en la sien» (Pág. 7).

Pero no se mata, porque si así hubiera sido no llegaríamos a dar vuelta la página. Lo que interrumpe su trágica decisión es un llamado telefónico de su ex pareja, quien le solicita ayuda para encontrar a su padre anciano, que ha desaparecido. Y el escritor, que tenía un buen recuerdo del ex suegro y sentimientos hacia la ex mujer, que aquí recién empiezan a insinuarse, decide complacerla.

El foco entonces se traslada hacia el desaparecido, que trabajó toda su vida de cajero en un banco, y una vez que jubiló, decidió convertirse en investigador de cafés. Vale decir, visitaba distintos cafés y prestaba oídos a las conversaciones de los clientes, que tramaban maldades, latrocinios, exacciones y se referían a esos delitos sin ninguna precaución; se trataba nada más que de charlas del café. Pero el veterano se las tomaba en serio e iba con el cuento a la policía, un oficial de Carabineros y otro de la PDI. Y ninguno de los dos le prestaba atención.

Pero un buen día desapareció, lo que algo tenía que significar. Y el escritor suspende su suicidio y la novela que escribía —acerca de un cura que no creía en Dios— para ir en su búsqueda. Días más tarde, el anciano aparece, desnudo y golpeado, en la Plaza Italia. No entrega prenda sobre sus captores, pero vuelve a las andadas, parando la oreja en uno u otro café. Y esto, que parece signo de locura o ingenuidad, no lo es tanto, porque como el oficial Ortiz le dice al escritor: «Bajo los pantalones o las faldas de un país, querido amigo, son millones los ciudadanos oscuros que operan en las sombras» (Pág. 219).

La historia se desenvuelve paso a paso, brindando novedades inesperadas, hasta la nueva desaparición del investigador. A estas alturas tenemos una clara visión del escritor y de su ex pareja, del antiguo cajero bancario, de los policías, y sobre todo del mundillo de los escritores, de sus expectativas, su trabajo, sus frustraciones, logros, envidias y grandezas.

Hay un desenlace, por supuesto, y vale la pena llegar a conocerlo. Pero para eso hay que leer el libro y esto es nada más que un comentario acerca de él. Lo que sí puedo decir es que sería de alto interés que el escritor protagonista continuara su proyecto de novela acerca del cura que no cree en Dios. ¡Vaya tema! Quedamos a la espera...

Los investigadores no lloran en los cafés es una muy buena novela, entretenida y profunda en sus análisis de la sociedad de hoy. Escrita con soltura y gracia, responde a la trayectoria de Fernando Jerez, uno de los novelistas más reconocidos de la literatura chilena actual.

TN

Asesinato en la Sociedad de Escritores de Chile

Iván Quezada

Continuación del relato que se inició en el número anterior de Trazas Negras.

Segunda Entrega

III

Durante quince días estuve ajeno a la investigación. Las noches siguientes al crimen me desvelé, como ya era costumbre. Pero una mañana pasó algo nuevo: mis recuerdos se desordenaron. Buscaba las llaves donde las dejé la semana antes, creyendo a pies juntillas que fue hace un día. Le eché la culpa al encierro, a las pastillas para dormir, a las series de Netflix...

Hasta que noté la fiebre. Me las había ingeniado bien con el sexo, después de meter las patas con el porno. Veía algo por Internet, me masturbaba y luego tenía pesadillas, que por suerte no recordaba. Me sentí ridículo y llamé a mi casera Rosita, una escort de generosas caderas. La metía de contrabando en mi edificio y ella me lo agradecía con sus «servicios exclusivos». Cuando me atacó la fobia, con el dolor de mi alma le dije que quizás estaba contagiado y mejor era no vernos más. Ella respondió que no le importaba, pero me dio pena y le transferí el dinero por la siguiente cita que nunca tuvimos.

Con las cortinas corridas y echándome lágrimas artificiales en los ojos, leí todo lo que encontré sobre el CoVid-19 y a la vez Emiliana Salas Brown comenzó a bombardearme con datos de la muerte. Que era hija menor, que se crió en Perú, que ganó el Concurso de Poesía de la Municipalidad de Valdivia... La cabeza me zumbaba con tanta información y decidí hacerme el leso con sus mensajes. Después la luz se apagó.

A mis cincuenta años no era broma tener cada síntoma del coronavirus. Llegué a creer que había

comprado un refrigerador por estufa; a su lado el frío me calaba los huesos. Andaba por las habitaciones con un poncho de alpaca, pálido como un nórdico, tosiendo y estornudando. Me ahogaba hasta el punto de querer hacer mi testamento, pero luego me acordaba de que no tenía un veinte y la risa empeoraba las cosas.

Tomé tanto paracetamol, que me salía por las orejas. Y un día se acabó. Lo atribuí a la sopita de acelga, que según mi madre era el remedio para todos los males. Volví a tener apetito, cociné fideos, carne mechada, papas cocidas, y todo lo acompañé con un buen vino y un cigarrillo. Estaba en la gloria. Limpié el departamento, incluso me animé a colgar unas fotos que tenía guardadas desde quizás cuándo. Recordé los mejores momentos de mi vida. En Linares fui un niño estrella, el más inteligente en la historia del pueblo. Mis profesores decían que era superdotado. Resolvía los problemas matemáticos en un dos por tres. Una vez, en clases de Castellano, nos pidieron escribir un cuento y el mío después salió en el diario local.

Mis hermanos, César y Teresa, me tenían celos. Decían que era un creído y era verdad. Mi padre no me soportaba, pero mi abuelo era feliz regalándome libros. Siempre quiso ser escritor y ahora su nieto cumpliría lo que él no pudo. Llegué a la adolescencia convencido de que era un genio. Convenientemente me volví taciturno cuando decidí ser poeta. Salía a vagar como un sonámbulo por las plazas y luego regresaba a mi pieza a escribir versos sentimentales. En uno de mis paseos conocí a otro poetastro y me llevó a

un taller en un club deportivo. Allí me dijeron que escribía bien sobre metales y piedras.

El entusiasmo conmigo mismo se acabó con la recaída en la fiebre. Fueron sólo dos días, pero me parecieron una eternidad. Cuando por fin amainó el ataque, me creí un héroe por haber vencido la enfermedad solo, sin la ayuda de nadie. Un héroe y también un imbécil, como dijo Emiliana Salas Brown cuando le escribí la razón de mi ausencia. Ella ya me creía acobardado, tomando trago como loco. Ofendido, la llamé por teléfono y le grité que no me emborrachaba desde los quince años. Desde luego era mentira, pero me creyó e incluso me pidió disculpas. Ese mismo día me había tomado una botella de whisky solito, celebrando que me salvé por un pelo.

*

Se imaginarán que salí al mundo atontado, lento como un ciempiés. De noche, pasito a pasito, fui a la Sociedad de Escritores. Con gafas oscuras y vistiendo un chaquetón de marino. Aunque vi poca gente y el aire me pareció de roca, igual sentí animado el ambiente. Era un muerto que volvía a la vida.

Encendí todas las luces del inmueble de Simpson 7, convirtiéndolo en un árbol navideño. Mi espanto creció de pieza en pieza. Por ninguna parte encontré rastro del crimen. En el lugar del cadáver, el piso estaba recién encerado. ¡Ni siquiera crujía al pisarlo! Me abalancé a la puerta a la velocidad de una tortuga.

En el pasaje desanduve mis pasos lastimosamente, oyendo por dentro el rechinar de mis huesos. Al llegar a Vicuña, reconocí al conserje hablantín del barrio y le pregunté por el delito. Chasqueando la lengua, dijo: «agua pasada, amigo». Más allá, un cliente de una botillería apostilló: «¿hubo un crimen? No tenía idea». Dos semanas era demasiado tiempo para un asesinato. Me había perdido el lamento de las autoridades, las lágrimas de cocodrilo en la TV, los alaridos en las iglesias y las peleas entre feministas y machistas por Internet. ¡Qué amargura! Era de las pocas cosas entretenidas en este mundo.

A las tres de la madrugada, era que no, seguía con los ojos abiertos como platos. Di unas vueltas en la cama y curiosamente tuve ganas de escribir, pero... ¿de qué? Me cubrí entero con las frazadas, repitiendo en la oscuridad: «no voy a escribir, no voy a escribir...». Mala táctica. Resignado, me levanté y fui al escritorio. Revisé los archivos en mi computador y no hallé nada que valiese la pena. Entonces me acordé de los mails de Emiliana S. B. Todos

eran sobre Rita González y se me ocurrió una idea. Esto me salió:

El padre era un «pan de Dios» a su manera: engañó a su esposa toda la vida, era un pillo y un pícaro, pero adoraba a su hija menor, Rita. Tuvo doce retoños, todos nacidos en Antofagasta, y no fueron trece sólo porque a su mujer le encontraron un tumor en el útero. Meses después murió y su marido se consagró a la niña de sus ojos. Los demás hijos, cinco hombres y seis mujeres, eran grandes y se mandaron a cambiar uno tras otro.

Lo malo fue que ya era un hombre viejo. Al verse solo con la pequeña, no encontró nada mejor que largarse al Perú para rehacer su vida, ¡como si le sobrara el tiempo! Pero aguantó lo suficiente para internarla, cuando tenía dieciséis años, en un manicomio de Lima con el diagnóstico de «límitrofe». Fue una decisión tirada de las mechas, una alharaca de un psiquiatra y de los profesores de la muchacha. En el Hospital Pedro Luis Gallo quisieron mandarla de vuelta a casa, pero justo murió el padre y, un poco por lástima y porque se llevaba bien con los enfermos, le dieron un puesto de auxiliar.

Durante el año que estuvo allí comenzó a escribir versos. Esta higiene mental le permitió pensar en cualquier cosa, en vez de en sus deseos insatisfechos. Había aprendido que «sólo el dinero mueve montañas» y ella quería ser rica, millonaria. Su ingenuidad enterneció a los trastornados y la alentaron a que fuese una escritora famosa. Concluyó que sólo podría conseguirlo en Chile y metió sus cosas en una maleta para emprender el viaje por tierra a Santiago. El desierto de Atacama caló profundo en su mente.

En la capital acudió a tres hermanos, pero le dieron vuelta la espalda. Con los pocos pesos que obtuvo por sus soles, se fue a Valdivia, donde un amigo de su padre. Era un tipo severo, que odiaba los libros, y, sin embargo, le exigió que estudiara. No le creyó «el cuento de la carrera literaria». Convalidó sus cursos de Perú y entró a tercero medio en un liceo público. El primer día de clases llegó con el pelo pintado de azul. Fue un lunes lluvioso de marzo, que por la noche tradujo a una seguidilla de versos rimados.

Se hizo de un grupo de amigas chifladas como ella. Empezó a ensayar su número de chica fatal, enojada con el mundo, borracha de marihuana. Para todos eran un misterio sus buenas notas. Estudiaba poco o nada. Le gustaban la geometría y las leyendas medievales. Con su

metro y sesenta, era un pequeño demonio: caminaba rápido, con el ceño arrugado, solía cambiarles el significado a los modismos, pero aún así se daba a entender.

Estaba creída que su nivel se hallaba a años luz de Valdivia y por eso no le dijo a nadie de su participación en el concurso literario del municipio. Cuando ganó el primer premio, hizo caso omiso de las burlas. Explicó que lo había hecho para molestar, aunque para sus adentros reconoció que era tímida. Con el dinero se compró las Obras Completas de Federico García Lorca en una librería de viejos.

A la edad de veinte años arrendó un departamentito en Santiago Centro. Estudiaba Auditoría por las tardes, gracias a una beca. El resto del día lo pasaba en la Biblioteca Nacional, hasta que logró una media jornada en una importadora de celulares marca chanco. Antes de las clases empezó a frecuentar la Sociedad de Escritores de Chile, pero se llevó una decepción con el «Secretario Eterno»: la derivó con un mequetrefe que se rio de su seudónimo de «Gacela».

IV

¿Qué diablos hacía en Mendoza? A mi lado estaba Raquel, mirándome ilusionada. Los negocios estaban cerrados, apenas se veía gente por la cuarentena. Pero ella estaba radiante como un colibrí. Quizás su emoción se debía a que era su primera salida al extranjero, me lo dijo varias veces durante el viaje y, sin embargo, negó que eso fuera importante. Me dio igual. Mentir le sentaba bien. Su rostro era una luna envuelta en muselina.

Era la mejor amiga de Rita, según Emiliana S. B. Había pasado el tiempo y yo, lo admito, me di de cabezazos contra la realidad. Como investigador era un desastre. Casi me gané unos combos en mis correrías por Santiago. Cada vez que mencionaba a la muerta, alguien se enojaba. El último fue Guisepe Azzollini, el escritor que recomendé para el taller literario. Me dijo que le quedó debiendo tres meses y por culpa de ella no pudo pagar el Internet. Después me lanzó un aletazo, supongo que en broma...

Con Emiliana S. B. nos juntamos una tarde en Pedro de Valdivia Norte y sólo porque la amenacé con mandarla a la punta del cerro. Llegó envuelta en un largo abrigo con capucha. Se veía siniestra, la versión femenina de Drácula. Le dije que exageraba, pero después noté que hombres y mujeres la miraban de arriba abajo, sin poder creerlo. Un tipejo con bufanda acabó por sacarme de las casillas y le grité: «¡Eso te pasa por quedarte chico!».

La tomé de la mano, desafiando al mundo, aunque debo decir que algunos tipos me observaron con admiración. Ella permaneció en silencio, sin entender nada. Se libró de mí tras una cuadra, diciendo algo ininteligible.

Fuimos a un café clandestino en un subterráneo. Un escritor cachorro me dio el dato, asegurándome que la policía estaba comprada. La vi tomar asiento como una esfinge, sin sacarse el abrigo. Había poca gente y la iluminación era baja. En las paredes noté unos cuadros impresionistas de dudoso gusto.

—Llamé a las muchachas de la foto que le mostré — empezó, oficiosa— y la mejor amiga de Rita se llama Raquel Céspedes. Aquí está su número.

Me pasó un papelito a escondidas.

—¿Quiere que la conozca y le saque información? — pregunté.

—Claro, no voy a hacer todo el trabajo sola.

—Que yo sepa no recibo ningún sueldo —dije riendo, pero ella se lo tomó en serio.

—Le pagaré cuando publique el reportaje —contestó.

—Tonterías, lo hago para salvar el honor de la Sociedad de Escritores de Chile.

Me sentí un idiota, a pesar de que realmente creía en mis palabras.

Pasó media hora en que no dijimos ni pío, tomando un café tras otro. Parecía recelosa, sin saber por qué mi urgencia de verla. Linda la cosa, pensé, por Internet escribe como loca y ahora mutis por el foro. Y le dije:

—A usted el encierro le dio igual, ¿no es cierto?

Me miró a los ojos, confundida.

—Está equivocado —respondió—, el problema es la obligación.

—Bah, el poder siempre nos impone cosas.

—¿Qué bando tomó en el Estallido Social?

—El de siempre, vengo protestando desde que tengo memoria.

—Mi padre es súper fascista, aunque somos de una ciudad de izquierda, de Concepción.

—¿No sabe que está mal visto decir «fascista»? En este país hasta los tórtolos de Pinochet se califican de «centroderecha».

—Mi padre no tiene problemas, se ríe de la gente como usted.

—No lo dudo.

—Él es un hombre alto, más que yo. Lo odio y lo admiro. Cuando chica me trataba como si fuera un varón y eso que tengo hermanos. No puedo sacármelo de la cabeza. Cada cierto tiempo me ataca la culpa y me corto

el pelo. Hace poco fui al peluquero y ni se dio cuenta.

—Le queda bien, usted es bonita a pesar de sí misma.

—No diga estupideces —se enojó en serio—, soy demasiado flaca y nunca uso maquillaje. Debiera ir al oculista.

—¿Y su mamá cómo es?

—Es una señora chapada a la antigua. Le costó entender que estudiase Arte y cuando me convertí en periodista creyó que estaba loca. Pero convenció a mi padre de que comprara el departamento donde vivo; dijo que no soportaría verme muerta de hambre.

—¿Usted alguna vez tuvo un novio?

—¿Qué lo hace creer que no tengo?

—Digo no más.

—Es cierto, estoy soltera. En la universidad tuve un pololo, juntos éramos como dos niños. Nunca me...

Se le crispó el rostro y no insistí.

Fui a la calle a fumarme un cigarrillo. Ya era de noche, no pasaba un alma por las veredas. Los edificios me causaron la impresión de mausoleos y el peor era el del café. «Quizás qué traumas tiene esta chica», pensé riendo. «¿A lo mejor hasta es lesbiana!». Y solté una carcajada perversa.

Cuando volví, estaba lista para irse. Pagó la cuenta con aires de jefa y lo dejé pasar. La acompañé un trecho, hasta que abordó un uber, despidiéndose con un movimiento de su cabeza. Me puse mi mascarilla y partí con viento fresco hacia la Plaza de la Dignidad.

*

Antes de la impresión de renegar de Mendoza y no es cierto. Me encantaba estar allí. Había rejuvenecido y no sólo por Raquel. Vagabundear por las calles vacías, yendo de una plaza a otra, fue como revivir mi primera fuga a Santiago. Entonces también fui con una muchacha, pero de mi pueblo. ¡Qué interminable fue caminar desde Providencia a Estación Central! Según mis amigos, ella era rematada de fea, pero me atraía con su prohibición de besarla. Era un adolescente idealista. Me educó en un colegio de hombres y las mujeres me parecían sagradas, perfectas. Yo, en cambio, tenía todos los defectos y me odiaba. Recuerdo que de pronto se angustió: necesitaba orinar. Era domingo, estaba casi todo cerrado y para colmo no teníamos un peso. La acompañé dentro de un edificio y le pedimos el baño a una señora. Se negó, creyéndonos delincuentes. Mi amiga esperó un momento y luego me ordenó irme a la calle, metiéndose en un rincón oscuro, donde soltó el chorruto. La había desobedecido y la vi desde el pasillo volver con una sonrisa de oreja a

oreja, sintiéndome culpable por no conseguirle un mejor lugar para que hiciera lo suyo.

Teníamos la ciudadela para nosotros solos y Raquel se atragantaba con la risa. Llegamos de madrugada en un bus medio vacío y aguardamos el amanecer en el terminal, como fantasmas de antiguos pasajeros. Los corredores y negocios parecían abandonados por la amenaza de una bomba. Vimos un guardia, pero hizo la vista gorda. ¿Para qué hacerse lío con el par de chilenos fuera de tiesto?

Estuve rascándome la cabeza para llevarla a Argentina. Sólo allá hablaría de Rita, me dijo. La conocí después de tres llamadas. En las dos primeras me colgó creyendo que era un vendedor de algo y luego aceptó porque le prometí plata. Nos reunimos un mediodía, afuera de su pensión en el barrio Concha y Toro. Su madre era pascuense, me dijo, y se notaba: era morena, bella a rabiar, con un cuerpo que invitaba a la maratón sexual.

Fuimos a la plaza Brasil, donde le pasé un sobre. Suspiró aliviada, diciendo que todos los días salía con la esperanza de encontrar un billete, pero, exclamó con una risa, era más fácil toparse con un muertito. Se vino de Valdivia siguiendo a Rita, porque la fiambre era «mi líder en el liceo y después también». Hasta la cuarentena trabajó en un café con piernas, donde le fue de perillas, al punto de comprarse un diccionario Inglés-Español. Su plan era largarse a Estados Unidos apenas pudiera.

Aquel primer día en Mendoza vagamos hasta que nos dolieron los pies. Luego enfilamos hacia el Hotel Chile, junto a la plaza Chile. Pero el dueño no era chileno ni argentino, sino uruguayo. Me acordé de que un amigo médico me propuso llevarle unos remedios contra el asma. Me vino de película y le cobré la palabra. El charrúa nos dio su mejor habitación, «por el tiempo que quieran», y se fue guiñándome un ojo.

—Esta noche no te daré la pasada, no te hagas rulos —dijo ella cuando desempacábamos y murmuré una maldición.

—Me da lo mismo —mentí—. Podrías ser mi hija, tengo como treinta años más que tú.

—Eso no tiene nada que ver.

—Te haces la tonta no más, cada vez que nos vemos coqueteas y me pides regalos.

—Es lo menos que puedes hacer.

—¡Linda la cuestión! —exclamé vencido.

Pasaron algunos días en que comimos bastante mal, hasta que descubrimos una pizzería abierta a la maleta (yo ya era un experto en negocios clandestinos).

—¿Y? —le pregunté por undécima vez, cuando íbamos en la segunda pizza— ¿Rita se veía con alguien?

—¡Ya me tienes curca con ella! Mírame, ¿no te gustan las mujeres bonitas? Ella era del montón.

—Ni siquiera la conocí, sabes bien por qué te pregunto.

—Aún no te lo ganas.

—¿Te refieres a la información o a ti?

—Ambas... ¿Sabes? Se veía con un tipo en secreto...

—Necesito el nombre.

—Me tienes que dar algo a cambio, pero no es dinero ni regalitos... ¡Vamos al zoológico! Dicen que es maravilloso.

—Está cerrado —respondí con rencor.

—Podemos pasear por afuera.

Yo y mis líos con las pendejas. Durante esos días, Emiliana S. B. siguió con sus correos, pero ahora dándome consejos maternos. Que tuviera cuidado, que usara condón, que no me las diese de patriotero... Puras leseras. Pero estaba claro que no podía aguantarse. ¿Cómo haría para lanzarle un hueso?

Raquel todavía me tenía en ascuas en la última noche. Tendría que sacarle el dato como fuese o al menos tirar con ella. Reconozco que la diferencia de edad me hacía dudar, pero me daba ánimos.

Apagué la luz y me hice el dormido, hasta que ella me invitó a su lado de la cama, diciendo: «Ahora sí». Estuvo bien, pero, en honor a la verdad, no taaan bien. Como le oí decir a un boxeador, fue un «gaje del oficio». Igual cerré los ojos con una sonrisa, imaginando que les contaba la gracia a mis amigos viejotes. Y unas horas después me despertó un fuerte dolor. Miré hacia el lado y descubrí a Raquel con los colmillos enterrados en mi hombro.

De un empujón la lancé al suelo, gritándole:

—¡Loca!

—Es tu culpa —respondió, limpiándose los labios—. En sueños hablabas de Rita y me dio rabia.

—¿Le tienes celos a una muerta?

—Siempre le tuve.

Al otro día casi no hablamos en el bus. En la aduana nos hicieron el test PCR y fue asqueroso, pero nos reconcilió un poco. Seguimos el viaje alegando por la pandemia que inventaron los chinos, los gringos o quizás quién. Hasta Dios era culpable.

En Santiago le ofrecí acompañarla a su casa y nos fuimos en Metro. Bajamos en la estación República y continuamos a pie. Le dije que debería volver con sus padres, estarían preocupados y ella dando tumbos... Se rio, enternecida con mi inquietud. Era mi oportunidad y le dije:

—Ya pues, mi paloma, dígame el nombre del amigo secreto de Rita.

Se enfureció como nunca la había visto.

—Me colmaste la paciencia, ¡viejo de mierda! —gritó y se echó a correr por la Alameda.

La perseguí unos metros y después la mandé a freír monos, decidido a olvidarme de la muerta, de Emiliana S. B., de la Sociedad de Escritores y hasta del maldito CoVid-19. Me saqué un peso de encima y llegué feliz a mi departamento. Pero cuando revisé el correo, me encontré con un mensaje de Raquel que contenía sólo dos palabras:

«Lázaro Ventura».

(Continuará...)

Iván Quezada

Iván Quezada se tituló de periodista en la Universidad de Chile. Fue redactor de Cultura de casi todos los medios escritos de la capital y también en Valparaíso, y Editor General de la Revista Rocinante. Ha trabajado como editor en las editoriales Random House, Ojo Literario y Mago Editores. Creó su propia editorial, El Español de Shakespeare. Ha publicado los libros *Elefantes y Cisnes* (novela breve, 2002, TiempoNuevo), *Los Extraños* (cuentos, 2005, Tajamar), *Escritos de ningún lugar* (miscelánea, 2010, Mago Editores) y varios libros de poesía.



Siempre es bueno interrogar a los escritores acerca del «gran arte» que cultivan, y al mismo tiempo, a través de sus respuestas, entregar algunas pistas que pueden seguir los lectores para encontrarse con buenos libros, buenas películas o series. Las respuestas que escritores chilenos y latinoamericanos entregaron a la Pequeña Entrevista Policial se irán entregando en los próximos números de Trazas Negras.

Preguntas breves, para respuestas breves.

Eduardo Soto Díaz

Santiago (1945)

«La novela policial es asomarse a una situación límite, donde la mayoría de las veces no existe el retorno: el asesinato siempre es definitivo».

«Escribo novela negra porque la muerte, siempre cuando es el resultado de una acción de tercero, indica lo más oculto del alma humana. Un asesinato es individual, cada uno tiene una identidad que lo diferencia de otro, igual a la diversidad de los cuerpos».

«De mis novelas negras la que más me gusta es *Un Paraíso Imperfecto*».

«Mi detective de ficción favorito es Sherlock Holmes, que condicionó mi lecturas de niño».

Mis autores policiales favoritos son Stieg Larsson, Graham Greene y Chester Himes»

«Buenas películas negras son *El Halcón Maltés* de John Huston, *Extraños en un tren* de Alfred Hitchcock y la serie televisiva *Dexter* basada en el Oscuro pasajero de Jeff Lindsay».

Elmer Mendoza

Culiacán (1949)

«La novela policial es un género social que no desdeña la denuncia consciente de una realidad inconveniente, ni la creatividad como esencia del proceso narrativo».

«Escribo novelas policiacas o negras porque me entusiasma crear personajes en el filo de la navaja que se enganchen emocionalmente con los lectores, y me gusta el lenguaje de los bajos fondos».

«No sé cuál de mis novelas es la que me gusta más».

«Mi detective de ficción favorito es El Zurdo Mendieta».

«Mis tres autores policiacos favoritos son Dashiell Hammett, Batya Gur y Rubem Fonseca».

«Mi película policial o negra favorita es El Padrino I».

MAX CANALLA

NUNCA CREÍ DEL TODO LO QUE EL COMISARIO ME CONTÓ CON RESPECTO A ESE REPENTINO VIAJE CON OLGA. DESPUÉS DE ESO NO VOLVÍ A SABER NADA MÁS ACERCA DE SU PARADERO...





RECUERDO QUE LLEGUÉ ESA MAÑANA AL CUARTEL Y SAUDÉ A TODOS COMO DE COSTUMBRE ANTES DE PASAR A LA OFICINA DEL COMISARIO. DESPUÉS DE DARLE EL REPORTE, RECIBÍA MIS ÓRDENES DIARIAS.



¿DE VIAJE? ¿Y NO SABES A DÓNDE?

¿CUÁL ES EL PROBLEMA QUE SALGA DE VIAJE CON SU ESPOSA? TEN CUIDADO, CANALES. LA GENTE ESTÁ HABLANDO COSAS DE TI Y DE OLGA. TE TOMAS MUY EN SERIO TU TRABAJO.



SÍ, HOLA... CON MAX CANALES... ¿USTED NO SABE CUÁNDO REGRESA EL COMISARIO?
...AH, CLARO. ENTIENDO...
¿SE ENCUENTRA EN EL SUR?...

NO SABE.... NO, NO ES NADA IMPORTANTE, ERA SÓLO UNA CONSULTA. PUEDO ESPERAR A SU REGRESO... ¿Y NO TIENE IDEA CUÁNDO?...POR SUPUESTO...

Y DISCULPE, ¿LA SEÑORA VOROBIEV NO DEJARÍA ALGÚN ENCARGO PARA MÍ?...

NO, NO SE PREOCUPE. MUCHAS GRACIAS.



POBRE, LE HICIERON MIERDA EL MAQUILLAJE...



OTRA VEZ ESTÁS METIDO DONDE NO TE LLAMAN, CANALLA.

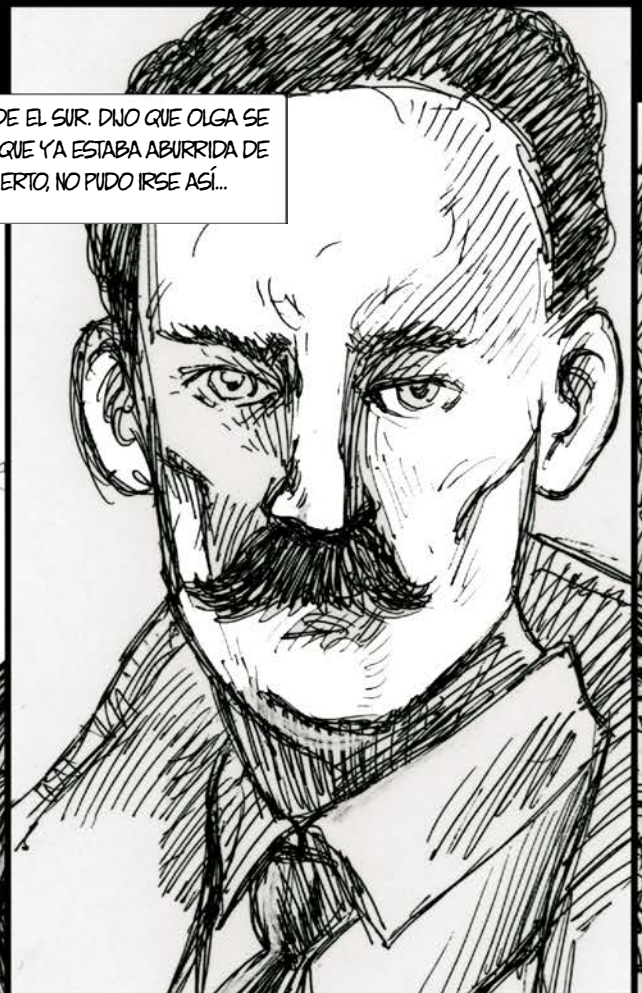


EL CRIMEN ME LLAMA, SALINAS. ANDO BUSCANDO A UNA AMIGA DESAPARECIDA HACE DÍAS...

HAZ LA DENUNCIA Y NO JUEGUES AL POLICÍA. ¿ES ESTE SUETO TU «AMIGA»?



EL COMISARIO REGRESÓ SOLO DESDE EL SUR. Dijo QUE OLGA SE QUEDARÍA UNOS DÍAS MÁS POR ALLÁ, QUE YA ESTABA ABURRIDA DE LA CIUDAD. YO SÉ QUE ESO NO ERA CIERTO, NO PUDE IRSE ASÍ...




PERDÓN POR LA IMPERTINENCIA, COMISARIO, PERO SU SEÑORA NO SE VEÍA MUY ABURRIDA DE LA VIDA EN SANTIAGO....



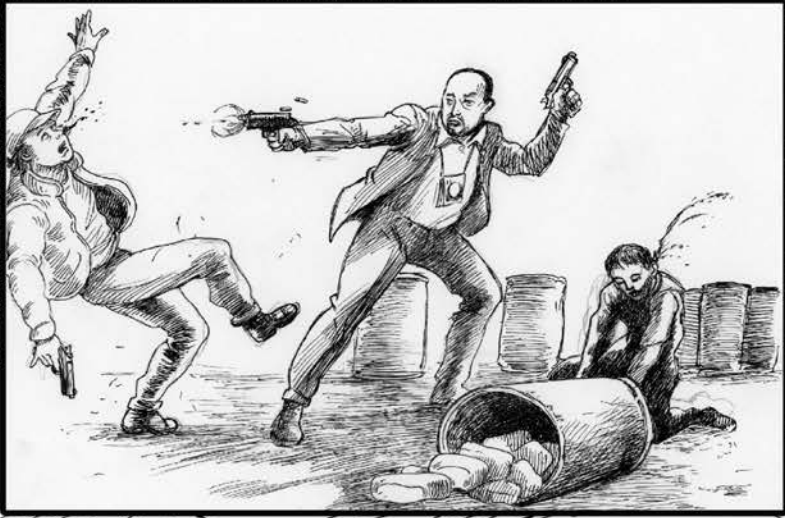
CREO QUE ESO NO ES DE TU INCUMBENCIA, CANALES. ADEMÁS, OLGA EXTRAÑA MUCHO A SU FAMILIA EN MOSCÚ. LO MÁS PROBABLE ES QUE SE VAYA UN TIEMPO A VER A SUS PADRES. AGRADEZCO QUE LA HAYAS CUIDADO TAN BIEN TODO ESTE TIEMPO...



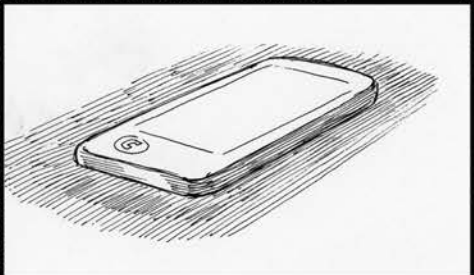


PROBABLEMENTE NO REGRESE TAN PRONTO... EN CUANTO A TI, ES HORA YA DE QUE TE DEDICUES A OTRAS LABORES MÁS IMPORTANTES....



FUE UN POCO DURO EL CAMBIO DE FUNCIONES...COMENCÉ A BUSCAR CON QUÉ PASAR LA RABIA Y LA TRISTEZA DE HABER PERDIDO A OLGA. EL COMISARIO JAMÁS DNO NADA, SÓLO DEJO QUE LAS COSAS...



...SIGUIERAN SU CURSO COMENCÉ A CAER LENTAMENTE HASTA PERDERME. CUANDO ME DI CUENTA, YA ESTABA FUERA DE LA INSTITUCIÓN. Y YA NO ERA MÁS CANALES... SÓLO CANALLA.



...MAX, SOY YO. FANCY...
LO SÉ, ESTOY FONDEADA.
TENGO MIEDO... CREO QUE SÉ
LO QUÉ PASÓ CON OLGA...

CONTINUARÁ...

La nana soñolienta

Por Anton Chéjov

Por la noche, Varka, la pequeña niñera de trece años, está meciendo la cuna y tarareando en forma apenas audible: *Arroró mi niño, pedazo de mi corazón...* Una bujía verde arde ante el icono; hay un cordón que se extiende de un extremo a otro de la habitación, del que cuelgan ropas de bebé y un enorme pantalón negro. Se ve una gran mancha verde en el techo sobre la vela del icono. La ropa de bebé y los pantalones arrojan amplias sombras sobre una estufa, la cuna y Varka... Cuando la bujía comienza a parpadear, la mancha verde y las sombras cobran vida; se ponen en movimiento, como mecidas por el viento. Está sofocante. Hay olores a sopa de repollo y propias del interior de una tienda de botas.

El bebé está llorando. Durante mucho tiempo ha estado ronco y agotado por el llanto; pero sigue gritando, y no se sabe cuándo parará. Varka tiene sueño. Siente los ojos pegados, la cabeza caída, le duele el cuello. No puede mover los párpados ni los labios, y siente como si su cara estuviera seca y rígida, como si su cabeza se hubiera vuelto tan pequeña como la cabeza de un alfiler.

Arroró mi niño, tararea... Un grillo está saltando en la estufa. A través de la puerta de la habitación de al lado, el maestro zapatero y su aprendiz Afanasy, están roncando... La cuna cruje lastimeramente y Varka murmura su canto... Todo se mezcla con la música tranquilizadora de la noche, que es tan dulce de escuchar cuando uno está en la cama. Ahora aquella música es simplemente irritante y opresiva, porque la incita a dormir; y ella no debe dormir; si Varka se durmiera —¡Dios no lo permita!—, el amo y su señora la castigarían.

La bujía parpadea. La mancha verde y las sombras se ponen en movimiento, forzando los ojos fijos y semiabiertos de Varka. En su cerebro medio dormido se forman visiones nebulosas. Ve nubes oscuras persiguiéndose unas a otras en el cielo, gritando como el bebé. Pero el viento sopla, las nubes se han ido, y Varka ve una amplia carretera cubierta de lodo líquido; a lo largo de la carretera se suceden filas de carros, mientras gente con bolsas en la espalda camina con dificultad y las sombras revolotean hacia atrás y hacia delante. A ambos lados puede ver los bosques a través de la fría y espesa niebla.

De repente, la gente con sus bolsas y sus sombras cae al suelo sobre el barro líquido. «¿Para qué hacen eso?», pregunta Varka. «¡Para dormir, para dormir!», le contestan. Y se duermen profunda y dulcemente, mientras los cuervos y las urracas se posan en los cables del telégrafo; gritan como el bebé y tratan de despertarlos.

«Arroró mi pequeño bebé, te cantaré una canción», murmura Varka, y ahora se ve a sí misma en una oscura y agobiante choza.

Su padre muerto, Yefim Steopanov, se arrastra de un lado a otro en el suelo. Ella no lo ve, pero lo oye gemir y rodar de dolor. «Mis tripas se han reventado», como él dice; el dolor es tan violento que no puede pronunciar una sola palabra, y sólo puede respirar y rechinar los dientes, es como el sonido de un tambor: «Bum-bum-bum...» Su madre, Pelageya, ha corrido a la casa del amo para decir que Yefim se está muriendo. Ha ido por mucho tiempo, y ya debería volver. Varka está despierta junto a la estufa y escucha el «Bum-bum-bum» de su padre. En-

tonces escucha que alguien ha llegado hasta la cabaña. Es un joven médico del pueblo, que ha sido enviado desde la casa grande donde se aloja de visita. El doctor entra en la cabaña; no se le ve en la oscuridad, pero se le oye hacer sonar la puerta.

«Enciende una vela», dice.

«Bum-bum», responde Yefim.

Pelageya corre hacia la estufa y comienza a buscar la olla rota con los fósforos. Un minuto pasa en silencio. El doctor busca en su bolsillo y enciende un fósforo.

«En un minuto, señor, en un minuto», dice Pelageya. Sale corriendo de la cabaña y poco después regresa con un trozo de vela.

Las mejillas de Yefim están enrojecidas y sus ojos brillan. Hay una peculiar agudeza en su mirada, como si viera a través de la cabaña y el médico.

«Venga, ¿qué pasa? ¿En qué piensas?», dice el doctor, inclinándose hacia él. «¡Ajá! ¿Hace cuanto tiempo que estás así?»

«¿Qué? Muriendo estoy, su señoría, mi hora ha llegado... No estoy para permanecer entre los vivos...»

«¡Tonterías! Te curaremos».

El doctor pasa un cuarto de hora con Yefim, luego se levanta.

«No puedo hacer nada. Debes ir al hospital, allí te operarán. Ve de inmediato... ¡Debes ir! Es bastante tarde, todos estarán durmiendo en el hospital, pero eso no importa, te daré una nota. ¿Me oyes?»

«Es muy gentil de su parte, señor, pero, ¿en qué puede ir?», dice Pelageya. «No tenemos ningún caballo».

«No importa. Le preguntaré a tu amo, te dejará usar un caballo».

El doctor se va, la vela se apaga, y otra vez hay el sonido de: «Bum-bum-bum». Media hora más tarde alguien se acerca a la cabaña. Se ha enviado un carro para llevar a Yefim al hospital. Se prepara y parte...

Pero ahora es una mañana clara y brillante. Pelageya no está en casa; ha ido al hospital para ver qué le hacen a Yefim. En algún lugar hay un bebé llorando, y Varka oye a alguien cantando con su propia voz:

«Arrorró, mi niño, te cantaré una canción».

Pelageya regresa; se persigna y susurra:

«Lo tranquilizaron por la noche, pero por la mañana entregó su alma a Dios... Que esté en el Reino de los Cielos y logre la paz eterna... Dicen que lo llevaron demasiado tarde... Debería haber ido antes...».

Varka sale al camino y llora allí, pero de repente alguien la golpea en la nuca con tanta fuerza que su frente

choca contra un árbol. Levanta los ojos y ve de frente a su maestro, el zapatero.

«¿En qué andas, perra sarnosa?», le dice. «¡El niño está llorando y tú estás durmiendo!».

Le da una fuerte bofetada detrás de la oreja, y ella sacude la cabeza, mece la cuna y murmura su canción. La mancha verde y las sombras de los pantalones y la ropa de bebé se mueven arriba y abajo, parecen señalarla y pronto toman otra vez posesión de su cerebro. De nuevo ve el camino principal cubierto de barro líquido. La gente con las bolsas a la espalda y también las sombras se han acostado y están todos profundamente dormidos. Mirándolos, Varka siente un ardiente deseo de dormir; se acostaría con gusto, pero su madre Pelageya camina a su lado, apurándola.

«¡Dame el bebé ahora!», grita una voz familiar. «¡Dame el bebé ahora!», repite la misma voz, esta vez con dureza y rabia. «¿Estás durmiendo, miserable?»

Varka salta, y mirando alrededor comprende lo que pasa: no hay ningún camino principal, ninguna Pelageya, ninguna gente que se encuentre con ellos; sólo está su patrona, que ha venido a alimentar al bebé y está de pie en medio de la habitación. Mientras la mujer, robusta y de anchos hombros, cuida del niño y lo tranquiliza, Varka se queda de pie mirándola y esperando a que ella termine. Fuera de las ventanas el aire se está volviendo azul, las sombras y la mancha verde en el techo son aún visibles, volviéndose pálidas, pronto será de mañana.

«¡Llévatelo», dice su ama, abotonando su blusa sobre el busto. «Está llorando. Debe estar embrujado».

Varka toma al bebé, lo pone en la cuna y comienza a mecerlo de nuevo. La mancha verde y las sombras desaparecen gradualmente, y ahora no hay nada que se imponga a sus ojos y nuble su cerebro. Pero ella está tan somnolienta como antes, ¡muy somnolienta! Varka pone su cabeza en el borde de la cuna, y mece todo su cuerpo para superar esa somnolencia, pero aún así sus ojos están pegados. Siente su cabeza pesada.

«¡Varka, enciende la estufa!», escucha al patrón a través de la puerta.

Así que es hora de levantarse y ponerse a trabajar. Varka deja la cuna y corre al cobertizo a por leña. Está contenta. Cuando una se mueve y corre, no tiene tanto sueño como cuando está sentada. Trae la leña, enciende la estufa y siente que su cara de madera se está volviendo flexible de nuevo, sus pensamientos son más claros.

«¡Varka, prepara el samovar!», grita su ama.

Varka parte un trozo de madera, pero apenas tiene tiempo de encender las astillas y ponerlas en el samovar, cuando oye un nuevo pedido:

«Varka, lava los escalones de afuera. ¡Me avergüenzo de que los clientes los vean!».

Varka lava los escalones, barre y limpia el polvo de las habitaciones, luego enciende otra estufa y corre a la tienda. Hay mucho trabajo: no tiene ni un minuto libre.

Pero nada es tan difícil como estar en el mismo lugar, en la mesa de la cocina pelando papas. Su cabeza cae sobre la mesa, las papas bailan ante sus ojos, el cuchillo se le cae de la mano mientras su gorda y enfadada señora se mueve cerca de ella con las mangas subidas, hablando tan fuerte que hace un zumbido en los oídos de Varka. También es angustiioso esperar la hora de la cena, lavarse, coser; hay minutos en que anhela caer al suelo a pesar de todo, y dormir.

El día pasa. Viendo que las ventanas se oscurecen, Varka aprieta sus sienes que parecen de madera, y sonríe, aunque no sabe por qué. La oscuridad del atardecer acaricia sus ojos que apenas se mantienen abiertos, y le promete un sueño profundo. Por la noche llegan visitas.

«¡Varka, prepara el samovar!», grita su ama.

El samovar es pequeño, y antes de que los visitantes hayan bebido todo el té que quieran. Ha tenido que calentarlo cinco veces. Después del té, Varka permanece una hora en el mismo sitio, mirando a los visitantes y esperando órdenes.

«¡Varka, trae un poco de vodka! Varka, ¿dónde está el sacacorchos? ¡Varka, limpia un arenque!».

Pero ahora, por fin, los visitantes se han ido. Las luces se apagan, el amo y su señora se van a la cama.

«¡Varka, mece al bebé!».

El grillo se agita en la estufa; el parche verde en el tcho y la sombra de los pantalones y la ropa del bebé se

imponen de nuevo en los ojos entreabiertos de Varka, le guiñan un ojo y le nublan la mente.

«Adiós, mi pequeño», murmura, «te cantaré una canción».

Y el bebé grita, aunque está agotado por los gritos. Otra vez Varka ve el camino principal y fangoso, la gente con sus bolsas, su madre Pelageya, su padre Yefim. Ella entiende todo, reconoce a todos, pero a través de su medio sueño no puede entender la fuerza que la ata de manos y pies, que pesa sobre ella, y que le impide vivir. Ella mira alrededor, busca esa fuerza para poder escapar de ella, pero no la encuentra. Por fin, cansada a morir, hace lo que puede, fuerza sus ojos, mira la parpadeante mancha verde, y escuchando los gritos, encuentra al enemigo que no la deja vivir. Ese enemigo es el bebé.

Se ríe. Le parece extraño que no haya podido entender antes algo tan simple. La mancha verde, las sombras y el grillo parecen reír y maravillarse también.

La alucinación se apodera de Varka. Se levanta de su taburete, y con una amplia sonrisa en el rostro y los ojos bien abiertos, sin parpadear, camina arriba y abajo por la habitación. Se siente complacida y contenta al pensar que se librerá por completo del bebé que le ata las manos y los pies... Matar al bebé y entonces dormir, dormir, dormir...

Riendo y parpadeando y sacudiendo sus dedos hacia la mancha verde sobre el icono, Varka se acerca a la cuna y se inclina sobre el bebé. Cuando lo ha estrangulado, se acuesta rápidamente en el suelo, ríe con alegría ya que puede dormir, y en un minuto está durmiendo tan profundamente como el muerto. **TN**

(Traducción de Bartolomé Leal)



Mario Bava y Amando de Ossorio

Maestros del cine de horror

Por Bartolomé Leal

En mis tiempos de cineclubista y colaborador de la desaparecida revista de cine «Enfoque», buena parte de los amigos críticos tenían como referente a Juan Menie. Este era un personaje de ficción creado por el escritor Mauro Yberra. Pues Juan, una especie de doble del ficticio, reside actualmente en París. Me guardo la identificación carnal para proteger su invisibilidad, aspaviento que ha mantenido desde la cuna y lo acompañará hasta la tumba.

Se le distinguía a Juan Menie como el chileno (ahora francés) que más sabía de cine. A él se consultaba por películas inglesas raras, filmografías de cineastas japoneses olvidados, actrices italianas en papeles secundarios de comedias de segunda, oscuras versiones no convencionales del Hombre-Lobo, compositores de bandas sonoras de una o dos cintas execradas... Respondía con erudición medida y verborrea mínima; pero de saber, sabía.

Cuando se le preguntaba por su cineasta predilecto, por lo general respondía: el italiano Mario Bava. No siempre. En otras ocasiones musitaba: el español Amando de Ossorio. El cine de horror era su tecla predilecta. Casi nadie lo conocía a Bava. Juan sí, lo buscaba (con otras películas que alimentaban su gula cinéfila) por institutos binacionales, salas de reestreno, canales de TV y algún viaje. Eran otros tiempos, no como ahora que con el mérito VHS primero, el DVD y el Blu-ray después, e incluso la TV de pago y YouTube, se puede acceder a películas que han sido objeto de deseo por décadas.

Mario Bava es un autor de culto, para mí, precisaba Juan. Nadie como él ha sido capaz de hacer el mejor cine de horror en color en la historia del género. Aunque su primera obra maestra es en blanco y negro, *La máscara de*

Satán, de 1960, barroca, vaticana, cruel. Sublime Barbara Steele, musitaba Juan Menie. No puedo negar, elaboraba, que Bava seguía los patrones establecidos por la Hammer Films y Roger Corman, pero a su modo tremebundo. ¡Produjo, escribió guiones, fotografió y dirigió más de un centenar de películas entre 1943 y 1979! Usó seudónimos. Su influencia llegó a los grandes: Coppola, Scorsese, Visconti, Fellini, la dupla Robert Rodríguez/Miller, Kubrick, Lynch, Tim Burton... Varios de ellos lo han expresado en libros y entrevistas.

Les voy a mencionar apenas tres películas fundamentales, seguía perorando Juan. *La fusta y el cuerpo*, de 1963, que reúne a un joven Christopher Lee con una sex-symbol de la época, Dhalia Lavi, una historia de crímenes, fantasmas y sadomasoquismo explícito, en su tiempo censurada y prohibida. Ambientada en un *palazzo romano*, donde la particular forma de iluminar de Bava, ajena a preocupación por la verosimilitud, otorga a la película un aire envolvente de misterio, poesía pura. Otra de mi gusto es *Black Sabbath* o *Las tres caras del miedo*, también de 1963, con Boris Karloff, que une tres historias de Chejov y Tolstoi.

La «familia» de Bava la componen demonizados y demonizadas, brujas, vampiros, asesinos seriales, torturadores, psicópatas, lunáticas, criptas, sarcófagos y escorpiones, todos los miedos, cuyo mundo desquiciado recrea en insólitas escenografías y desinhibidas escenas. Muchos de los amigos cineclubistas que no conocían esas películas escuchaban hipnotizados a Juan, que se sentaba muy tieso en una silla, con una pierna envolviendo a la otra como una serpiente.

La tercera cinta que señalaba nuestro amigo era *Seis mujeres para el asesino*, de 1964. La ambientación en una elegante mansión de alta costura es un prodigio de originalidad y erotismo, donde maniqués desnudos alternan con mujeres preciosas que se visten y desvisten entre decoraciones sofisticadas, mientras un asesino de cara cubierta y sombrero de fieltro acecha para perpetrar recónditas venganzas e inenarrables perversiones. Palabras de Juan Menie. Vale señalar que Bava es referente no solo en el género *giallo* (amarillo), el policial italiano, sino en la ciencia-ficción, con su clásico *El planeta de los vampiros* (*Terror en el espacio*), de 1965. También incursionó en el spaghetti western con *Roy Colt y Winchester Jack* (1969). Los géneros populares eran lo suyo.

Bueno, en otras ocasiones Juan se volaba parlotando sobre Amando de Ossorio. El gran maestro español del cine clásico de horror. Una caja de sorpresas, musitaba y cerraba los ojos. Pongan atención sobre todo a su tetralogía de los años 70 denominada de los «Templarios Ciegos». Varias fueron filmadas en Portugal para escapar de la censura franquista. ¡Voyons! Eso sí que es el horror sin límites. Gótico. Católico para mayor gloria. ¡Imperdible! Anoten: *La noche del terror ciego* (1972), *El ataque de los muertos sin ojos* (1973), *El buque maldito* (1974) y *La noche de las gaviotas* (1975). Ossorio tenía bastante experiencia en cine B a esas alturas de su carrera. De allí su mano fina para dirigir.

En todas hay un protagonista colectivo, un grupo de caballeros inspirados en la llamada Orden del Temple o templarios, héroes de las Cruzadas, que buscan venganza tras la matanza perpetrada contra ellos por orden del papa Clemente V, en el siglo XIII, a punta de bulas justificadoras de las torturas (entre ellas dejarlos ciegos) y las hogueras públicas. Son momias desprovistas de ojos pero bastante videntes, que se levantan de sus tumbas pestilentes para acabar con la gentuza que los traicionó.

Juan Menie reducía los ojos a una raya y evocaba para sí, no para la audiencia, escenas memorables. Bellos trenes humeantes, excitantes escenas lésbicas (Juan, un voyeur



Mario Bava con un personaje

aplicado, se exaltaba con esas descripciones), secos paisajes ibéricos, monasterios en ruinas: el inicio de *La noche del terror ciego* nos pone a punto para los horrores que vienen. Las momias encapuchadas saliendo de sus tumbas, los caballeros templarios llegando a caballo a una ermita abandonada, la persecución de una mujer que osa enfrentarlos, las extrañas cruces del cementerio, los monjes medievales bebiendo en patota la sangre de una beldad tajeada; todo eso puede llamar a la condenación feminista, susurraba mi amigo.

En Ossorio hay un esfuerzo de realismo extremo, peroraba Juan Menie, lo cual se nota cercano a subgéneros televisivos como el melodrama de clase media, lo que hace más fuerte el contraste con el horror sangriento de sus cadáveres vivientes, a menudo anacrónico. La segunda entrega de la tetralogía, *El ataque de los muertos sin ojos*, en algunos aspectos supera la primera y, sobre todo, la complementa con elementos faltantes para redondear la historia de antes y después, el «nunca olvidarás» de los templarios masacrados. Un bocado para quie-



nes quedaron enganchados con la anterior. Hoy se le llamaría «precuela».

En la tercera entrega, más morosa y medida, quizá menos espectacular, *El buque maldito*, la acción se traslada a un galeón de la época de la conquista que lleva sarcófagos de templarios que acechan a los barcos, para raptar víctimas propiciatorias, sobre todo damas curvilíneas en cruceros vacacionales. Aquí lo más suculento son imágenes bastante directas y claras de los monjes en su sepulcro flotante, sus caras de cuencas vacías en planos mucho más iluminados, la violencia de sus ataques. Amén de unos codiciosos a ratos espantosos. La escena de los monjes resucitados saliendo del mar es memorable, remataba Juan Menie.

La noche de las gaviotas, el cierre de la saga, remite a un fenómeno nuevo. Los templarios muertos consiguen aliados entre la gente de un pueblo supersticioso. Sobre todo de las mujeres mayores, que vestidas de negro y la

cabeza con velo, actúan como un siniestro coro para entregar mujeres jóvenes a la avidéz de sangre de sacrificio para los horribos caballeros embozados, que cabalgan por la playas en sus caballos también muertos. Los monjes bebiendo la sangre de sus víctimas son emulados por unos cangrejos playeros en su tarea destructiva final de los cuerpos de las mujeres del poblado, amenazado de aniquilación.

Mario Bava desde el barroco y Amando de Ossorio desde el gótico, nos han dado una versión diferente a la tradición anglosajona del cine de horror; sus productos están sujetos a todas las influencias, sí, pero asentadas en una raigambre cultural que da sustento a sus siniestras historias. Dignas de visionar por aficionados al horror clásico carentes de prejuicios contra lo que no es gringo, ni pegados en las alharacas preciosistas en boga en materia de trucos o efectos. **TN**



Amando de Ossorio con un personaje de su tetralogía

TRAZAS NEGRAS

Puedes aportar a este proyecto haciendo una donación en nuestro sitio web www.trazasnegras.cl
Próximo número: Mayo 2021